

EL VERDADERO EVANGELIO
de Cristo

vs.

EL EVANGELIO FALSO
del cristianismo carnal

L. R. Shelton, Jr.
1987

© Copyright 1987 Chapel Library
2603 West Wright St.,
Pensacola, Florida 32505, EE.UU.

Se otorga permiso para reproducir esta publicación, siempre y cuando:

- 1) el material no se cobre y
- 2) este párrafo se incluya en un lugar prominente. Para recibir ejemplares adicionales de esta publicación y otra literatura clásica cristiana, por favor póngase en contacto con Chapel Library (en inglés, por favor).

Este libro cuenta con una Guía de Estudio en español. Por favor póngase en contacto directamente (y en inglés) con:

Mount Zion Bible Institute
2603 West Wright Street
Pensacola, FL, 32505, EE.UU.
school@mountzion.org

El verdadero evangelio de Cristo
vs.
El evangelio falso del cristianismo carnal

INDICE

1. El evangelio falso del cristianismo carnal	5
2. Muerte al yo y al pecado.....	13
3. Libre del castigo y del poder del pecado – Primera.....	20
4. Libre del castigo y del poder del pecado – Segunda.....	26
5. ¿Por qué debe el cristiano morir al pecado?	33
6. El evangelio falso: No hay un cambio de conducta ni de opiniones	40
7. El evangelio falso: No hay un cambio en los afectos	52
8. “Amadores de sí mismos”	58
9. “Amadores del dinero” –avaricia.....	63
10. “Amadores de los deleites”	70
11. El engaño del cristianismo carnal	75
12. Los resultados fatales del cristianismo carnal.....	81
13. Error: Dos tipos de cristianos	86
14. El hombre espiritual en Romanos 8.....	92

1

El evangelio falso del cristianismo carnal

Un evangelio falso

En la actualidad prolifera un evangelio falso del cristianismo carnal que ha engañado a muchas almas. La mayor parte del cristianismo de hoy no se ha sometido al señorío de Jesucristo. Estas almas han edificado su casa sobre la arena y, por lo tanto, sucumben fácilmente a esta enseñanza que ha saturado a nuestra nación y a nuestros pulpitos. Por lo tanto, nuestro propósito es exponer el verdadero evangelio y el falso, presentando claramente las advertencias de la Palabra de Dios de que no debemos sembrar para la carne, sino para el Espíritu. Espero que tengas un corazón receptivo y la Biblia abierta al orar que Dios obre en nosotros a través de su Espíritu.

La Biblia nos advierte sobre este falso evangelio en Gálatas 6:7, 8: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”. En mi opinión, esta es una advertencia muy seria para todos nosotros, especialmente en esta época cuando se predica en gran escala el evangelio de una fe fácil y del cristianismo carnal. La realidad es que la mayor parte de la cristiandad está engañada respecto al estado de su alma eterna ante Dios. Lo que sucede es que se *predica únicamente la justificación por la fe y se omite el vivir una vida santa*. Han convertido la gracia de Dios en lascivia; la actitud de la mayoría ha sido: “Un poco de pecado no hace mal—es que, ¿sabes? no soy más que un ‘cristiano carnal’; además, ¿acaso la *gracia* no lo cubre todo?”

Santidad requerida por Dios

Pero mi oración es que Dios obre por medio de su Espíritu, y abra los ojos de los ciegos para que vean la tremenda pecaminosidad del pecado, de modo que se arrepientan, porque ésta es nuestra única esperanza. ¡Oh, cómo deberíamos clamar al Señor para que nos muestre la verdad de su Palabra que apele no a nuestros deseos carnales ni a nuestras emociones carnales, sino a aquello que nos despoja de la carne y nos presenta desnudos ante Dios en confesión y arrepentimiento! Debemos clamar a él pidiéndole que obre en nuestro corazón por medio de su Espíritu a fin de que la santidad de pensamiento, palabra y comportamiento caracterice nuestro corazón y nuestra vida.

Esta enseñanza falsa del cristianismo carnal ha saturado a nuestras iglesias de tal modo que a nadie se le ocurre cuestionar su relación con Cristo a pesar de la vida que lleva. Se les enseña que si han creído, eso es suficiente, y, por lo tanto su alma está en paz con Dios. Pero la Palabra de Dios no enseña tal cosa, sino que afirma lo contrario. Leemos en Hebreos 12:14: “Seguid la paz con todos, y *la santidad*, sin la cual nadie verá al Señor”. Sí, la santidad tiene que caracterizar nuestra vida, “pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Tesalonicenses 4:7). “Nos escogió en él [Cristo] antes de la fundación del mundo, *para que fuésemos santos* y sin mancha delante de él” (Efesios 1:4). Dice también que él “nos salvó y llamó con llamamiento *santo*” (2 Timoteo 1:9). Éste es el mismo que nos ordena como “hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos porque yo soy santo” (1 Pedro 1:14-16).

Nuestro pasaje de Gálatas 6 declara lo mismo. Dios quiere que comprendamos y que no nos dejemos engañar por esta falsa enseñanza, sea lo que fuere que los falsos predicadores y maestros digan al respecto: “Pues todo lo que el hombre sembrare, esto también segará”. Mi amigo, si siembras para la carne, de la carne segará corrupción. No importa cuántas profesiones de fe hayas hecho o a cuál iglesia pertenezcas ¡no te puedes burlar de Dios! Él

no hace acepción de personas. Cada persona que siembra para la carne segará corrupción.

Dios da arrepentimiento

El hombre que siembra continuamente para la carne, nunca ha sido salvo, nunca ha nacido de nuevo. ¿Por qué? Porque por medio de la convicción que da el Espíritu Santo, Dios nos concede la gracia para arrepentirnos, y con este arrepentimiento aprendemos a odiar el pecado, aborrecerlo, a despreciar a nuestro “yo” y a huir por fe a Cristo para ser *liberados del pecado*. Sabemos que el pecado no ha sido erradicado, porque sigue siendo una plaga en nuestra vida, pero el pecado no es ya la práctica de nuestra vida ni lo que la gobierna. No podría ser así porque el alma que Cristo salva ha recibido en su interior *una naturaleza nueva y un corazón nuevo*. Y ahora anhela las cosas santas y anda en el camino de justicia. Reconoce que esto es cierto porque el Espíritu Santo ha obrado en él las verdades que se encuentran en la Palabra de Dios. Lee en Ezequiel 36:26 acerca del corazón nuevo que Dios le ha dado, y en 2 Pedro 1:4 sobre la nueva naturaleza que ha recibido. Se entera por 1 Juan 3:9 que ha *nacido de Dios*, y que el que ha nacido de Dios, no hace del pecado la costumbre ni la práctica de su vida. ¿Por qué? Porque su semilla (la semilla de Dios) permanece en él, y ya no puede practicar el pecado. Oye decir a la Palabra: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él (1 Juan 2:15). Porque el Espíritu Santo por medio de su obra le ha enseñado que es un pecador perdido que sólo merece el infierno, que por haberse postrado a los pies de Dios con arrepentimiento, y por haber acudido a Cristo por su fe en Cristo como su Señor y Salvador y por haber reconocido que sus pecados también crucificaron a Cristo, ya no quiere tener nada que ver con el mundo. El amor de Dios ha sido derramado en su corazón por la obra del Espíritu Santo en él.

Además, aprende bien que “todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne [el deseo de entregarse a los placeres]... no proviene del Padre”, y, por lo tanto, lo aborrece y clama en su contra porque es lo que crucificó a Cristo. Aprende que “la vanagloria de la vida [el deseo de acapararse toda la atención]...

no proviene del padre, sino del mundo”. Es decir, del sistema satánico del mundo del *pecado*, y, por lo tanto, lo aborrece y clama en su contra porque es lo que crucificó a Cristo. También aprende que “el mundo pasa y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (vv. 16, 17). Por lo tanto, desea por gracia, hacer la voluntad de Dios la cual es andar “en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24).

Una naturaleza nueva

Puesto que Dios concede a cada pecador que salva un corazón nuevo y una nueva naturaleza, y pone su Espíritu Santo dentro de él para guiarlo a toda la verdad, ese pecador redimido ahora escudriña la Palabra de Dios, no para buscar pasajes que justifiquen sus pecados sino buscar las palabras que le adviertan sobre el pecado y le muestren cómo huir del pecado a Cristo. Lee en Romanos 8:6: “Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz”, así que comienza a clamar al Espíritu Santo para que lo libere de una mente carnal y le dé una mente espiritual de vida y paz en Cristo. No, no procura ver lo cerca que puede caminar del mundo y del pecado, sino que procura caminar cerca de Dios en Cristo por medio de su Espíritu.

No escudriña la Palabra de Dios para encontrar los pecados de los demás a fin de justificar los propios, sino que los toma como advertencias para *no* cometer los mismos errores que otros han cometido y los han llevado al fracaso.

El hombre o mujer, niña o niño redimido por Dios quien recibe de él vida eterna en Cristo Jesús, presta atención a estas palabras de Colosenses 3:2-5: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría.” Si es así, ¿cómo puede alguien justificar una vida carnal? Es imposible hacerlo. Porque debido a lo que Cristo ha hecho por él, y porque la vida de Cristo es ahora su vida, esta alma redimida ahora quiere hacer morir las cosas de la carne, a fin de poder sembrar para el Espíritu y andar según el Espíritu. Querido amigo, éste es el modo como Dios obra

en nuestra alma—yo lo sé bien: sé cuál es la diferencia entre el cristianismo carnal y la vida que se vive por la fe en el Dios vivo a través del Espíritu Santo, porque he vivido ambas. La única diferencia entre el cristiano carnal y yo es la gracia de Dios y ¡lo alabo por ella!

Por lo tanto, cuando el alma redimida oye la Palabra de Dios: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría”, y “Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:5, 8-10). Así es que su anhelo es tener a Cristo y su vida para poder andar en el camino que agrada a Dios en lugar de andar tras el pecado, porque ha nacido del Espíritu de Dios y tiene un corazón nuevo.

En Colosenses 3:6, el Espíritu Santo nos da otra razón por la cual debemos andar en el Espíritu y no en la carne. Dice que no debemos andar en las “cosas por las cuales la *ira de Dios* viene sobre los hijos de desobediencia”. Sí, los que andan por ese camino de desobediencia a la voluntad revelada de Dios, se encontrarán bajo su condenación e ira.

Después de la salvación, viene una vida santa

Amigo mío, ¡no quiero que te dejes engañar! Una *vida santa*, una siembra para el Espíritu, tiene que resultar de la salvación que Dios brinda en Cristo, de otro modo, no es una salvación de Dios, porque Cristo vino a salvar a su pueblo *de* sus pecados, y no *en* sus pecados (Mateo 1:21). Una *vida santa*, una siembra para el Espíritu, tiene que resultar de la salvación que Dios nos da en Cristo, de otro modo, el propósito de Dios al salvarnos no se cumple, y eso no puede ser. ¿Acaso no hemos leído que Dios nos ha escogido en Cristo antes de la fundación del mundo “para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Efesios 1:4). No podemos frustrar los propósitos de Dios hacia su pueblo. Escucha otra vez esta afirmación definitiva y positiva: “Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1

Tesalonicenses 4:7). Sí, una *vida santa* tiene que ser el resultado de la salvación que Dios da en Cristo, de otra manera la voluntad de Dios quedaría descartada, y esto no puede ser “pues la voluntad de Dios es vuestra santificación” (4:3). Santificación es ser separado del pecado por la obra progresiva del Espíritu de Dios en tu corazón y en tu vida.

Además, una *vida santa*, una siembra para el Espíritu, tiene que resultar de la salvación que Dios brinda en Cristo, de otro modo la gracia de Dios no reinaría en la vida del creyente, y esto no puede ser, porque leemos en Tito 2:11, 12: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”. Quiero que prestes especial atención a estos versículos, y pido al Señor que el Espíritu Santo los grave en tu corazón. Cuando se manifiesta la gracia de Dios que nos da salvación, nos enseña a todos lo mismo. Y ¿qué es lo que nos enseña? Nos enseña a negarnos a nosotros mismos. ¿En qué sentido? En el sentido de rechazar al mundo y abstenernos de toda impiedad y lascivia del mundo porque aborrecemos el pecado, a Satanás, a nuestro propio yo y al mundo de iniquidad. “Todos” los hijos de Dios aprenden esta lección, no meramente algunos. “Todos” ellos son enseñados por el Espíritu Santo a aborrecer el pecado y a negarse a sí mismos. Si falta en la vida este negarse a uno mismo y odiar el pecado, también falta la salvación de Dios (Juan 16:13, 15; Isaías 54:13).

Pero el pasaje en Tito no se limita a darnos lo negativo; el Espíritu Santo nos manifiesta además, que la gracia de Dios nos da salvación, nos enseña algo positivo también, o sea: cómo vivir *sobria, justa y piadosamente*. ¿Dónde? ¿En el cielo? ¡No! Aquí mismo, en este mundo de maldad del presente, aquí en nuestro propio hogar, en nuestro trabajo o dondequiera que andemos. Porque, por medio de su gracia, el Señor nos ha librado del presente siglo malo (Gálatas 1:4).

Recuerda esto: el mismo Espíritu Santo enseña a todos los hijos de Dios las mismas lecciones. ¿Cuáles son? Nos enseña a rechazar y renunciar a toda impiedad y a todos los deseos desordenados; y también nos capacita para vivir una vida sobria,

moderada y disciplinada en una manera piadosa y recta (Tito 2:12). En otras palabras, nos enseña cómo vivir una vida espiritualmente sana controlada por él, aquí en este presente siglo malo.

El evangelio falso –no tiene poder sobre el pecado

¿Cómo difiere todo esto del evangelio que se predica en la actualidad, un evangelio que no produce un corazón nuevo ni una naturaleza nueva; un evangelio que no vence el poder del pecado, sino que, en cambio, le permite a uno vivir en el pecado; un evangelio que meramente es como una póliza de seguro contra el infierno pero que ignora la santidad del pensamiento y del comportamiento; un evangelio que permite la entrega a los placeres de la carne y no pone ninguna restricción sobre la pasión, el orgullo o el corazón malo? ¡Esto no es evangelio, sino falsedad! Lo llamo falso porque dice que lo único que uno tiene que hacer es declarar las cuatro leyes espirituales, y creer en un Jesús histórico, por lo cual, al partir del momento en que “cree”, es salvo para siempre sin importar lo que haga.

¿Sabes que la persona promedio afirma haber hecho una profesión de fe a los 6, 8, 12, o 15 años, pero que luego la fue llevando la corriente del pecado, y que después de unos 10 años volvió y dedicó su vida nuevamente al Señor, y que ahora se dedica a la obra religiosa? De este grupo procede la gran mayoría de nuestros misioneros, maestros y pastores, quienes ignoran por completo lo que es un arrepentimiento de corazón o lo que significa presentarse delante de Dios como un pecador culpable y perdido. Si te encuentras entre este grupo, quiero decirte con mucho amor que has confundido el llamado a la *salvación* –acudir a Cristo como un pecador culpable, necesitado y perdido-- con el llamado al *ministerio*! Yo sé que esto sucede porque he oído tantos testimonios de esta clase. ¡Y me ha sucedido a mí! Yo confundí el llamado a la salvación por el llamado al ministerio, y sólo por la gracia de Dios fui vivificado para ver que había pasado por alto el verdadero arrepentimiento y fe, y que todavía me encontraba en la hiel de la amargura y en la esclavitud de la iniquidad.

Por lo tanto, proclamo hoy que no me avergüenzo del evangelio de Cristo: porque el evangelio es el *poder de Dios* para salvación a todo aquel que cree (Romanos 1:16). Esta salvación es la liberación del poder del pecado, cuya experiencia he tenido por medio de la gracia de Dios en Cristo, y, querido amigo, alabo al Señor porque Romanos 6:18 es cierto: “libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”, o sea, siervos del que nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8:2).

Bien lo expresó C. H. Spurgeon:

Cada criatura se reproduce según su especie: la vieja naturaleza sigue produciendo y diseminando su multitud de pecados; no está reconciliada con Dios, ni puede estarlo, y, por lo tanto, sus pensamientos y sus acciones son de rebelión y odio contra Dios. En cambio, la nueva naturaleza “no puede pecar porque es nacida de Dios”. Tiene que producir su fruto de santidad, porque ella misma es santidad. En el nido de palomas, esperamos que sólo nazcan palomas. La vida celestial engendra aves del paraíso, tales como pensamientos, deseos y hechos santos, y no puede producir aves inmundas como la lascivia, la envidia o la malicia. La vida de Dios infundida por medio de la regeneración es tan pura como el Señor por quien fue engendrada, y nunca puede ser de otra manera. ¡Bienaventurado el hombre que cuenta con este principio celestial en su interior, porque se manifestará en su vida para abundar en santidad para la gloria de Dios! Querido lector, ¿tienes esta semilla divina dentro de ti, o permaneces aún bajo el dominio de una naturaleza corrupta? Esta pregunta merece una respuesta reflexiva e inmediata.

2

Muerte al yo y al pecado

“No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:7, 8).

Cuidado con ese evangelio falso que deja al hombre seguir en sus pecados y sembrar para la carne y, no obstante, le ofrece la esperanza de llegar al cielo. *Cuidado* con ese evangelio falso que sólo vende una póliza contra las llamas del infierno pero no da ningún poder sobre el pecado. *Cuidado* con ese evangelio falso que deja que uno siga en su vida carnal y no exige la muerte de su naturaleza carnal. *Cuidado* con ese evangelio falso que permite una religión sin vida, o una profesión de fe sin la posesión de la fe. *Cuidado* con ese evangelio falso que hace creer que hay dos caminos al cielo, y no el único camino que nuestro Señor describe en Mateo 7:13, 14 como “el camino angosto”. Lo que sucede es que este evangelio falso abre un segundo camino, el camino del cristianismo carnal – “camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 16:25). ¡A la carne le encanta, pero es un camino que lleva al infierno!

¿Un compañero amistoso?

Vuelvo a repetirlo: *cuidado* con ese evangelio falso que se predica en la actualidad, que no exige nada, sino que muestra un camino fácil a la salvación (que no es más que el camino más corto al infierno). Este evangelio falso no se opone a la carne, sino que es “un amigo”, y, comprendido correctamente, es la fuente de mucha diversión buena y limpia y placeres inocentes. Nos deja vivir sin interferencias, nunca nos cambia la vida; sigue dejándonos vivir disfrutando de nuestros placeres, pero ahora, en lugar de cantar en la cantina y beber licor, nos deleitamos en

cantar coros y ver películas religiosas. Sigue habiendo un énfasis en pasarla bien, pero ahora nos divertimos a un nivel más elevado tanto moral como intelectualmente.

Este evangelio falso promueve un tipo de evangelismo nuevo y distinto. No procura dar muerte a la vida pecaminosa antes de brindarle la nueva vida en Cristo, sino que lo manda recibir la nueva antes de hacer morir la vieja. Así que sólo intenta encaminar al pecador en una nueva dirección. Lo encamina a una manera de vivir alegre, en la que puede mantener su amor al “yo”. Este evangelio falso le dice al hombre seguro de sí mismo: “Ven y muéstrale tu seguridad a Cristo”. Al egotista le dice: “Ven, jácate en el Señor” y, al que siempre anda en busca de una nueva emoción, le dice: “Ven y goza de la emoción del compañerismo cristiano”. Intenta echar vino nuevo en odres viejos, pero ¡esto no puede ser! Lo viejo tiene que ser derribado antes de que lo nuevo pueda ser edificado.

El significado de la cruz

Como ves, a este evangelio falso del cristianismo carnal se le pasa completamente por alto el significado principal de la cruz, el cual es la *muerte*. Pero el evangelio de la gracia de Dios en Cristo, que es poder de Dios para salvación, exige la muerte, la sepultura y la resurrección de ti, pecador, en Cristo. Presenta la cruz de Cristo como el final repentino y violento de todo lo que eres por naturaleza, y te resucita a una vida nueva en Cristo con las cadenas del pecado ya rotas. Pone fin a tu orgullo y ambición, y te deja a los pies de un Dios Santo implorándole misericordia.

El verdadero evangelio de Dios te dice que debes tomar la cruz de Cristo, y despedirte de tus amigos y del mundo, porque ya no vuelves como la misma persona. No te dice que dará una nueva dirección a tu vida, sino que vas al lugar de muerte. Hebreos 13:13 dice: “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio”, porque allí es donde morimos al mundo. El propio Señor Jesús dice en Lucas 14:27: “Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”. Tenemos que morir al mundo y a todos sus placeres y atracciones, tal como nos dice Gálatas 6:14: Por medio de la cruz de Jesucristo “el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”.

¿Sabías que los dos ingredientes que componen la sal casera que usamos todos los días, son un veneno mortal si se consumen por separado, y que pueden causar la muerte? Pero cuando se combinan, se convierten en una bendición en la forma de sal, la cual purifica, da sabor, preserva y es usada de tantas maneras diferentes. ¡Es lo mismo con el verdadero evangelio, el evangelio de la gracia de Dios! ¡Podemos predicar a Cristo y su sangre para el perdón de los pecados, engañando al pecador, si no le contamos que la muerte de Cristo significa la muerte también para él mismo y sus costumbres, y la muerte al pecado! Si no incluimos *todos* los ingredientes en el mensaje que predicamos, lo que predicamos se convierte en un veneno mortal para su alma, que lo condena en lugar de salvarlo.

¡Nada de compromisos!

Esta doctrina o evangelio del cristianismo carnal (que ni es un evangelio) se ha extendido por toda la cristiandad en la actualidad, y no contiene ese ingrediente que es el *arrepentimiento*. Es el ingrediente que causa que aborrezcamos al pecado, mostrándonos que el poder del pecado debe ser roto, y que Dios, por su Espíritu, no sólo nos justifica sino que también nos santifica cuando la salvación es auténtica. La justificación y la santificación son las dos caras de una misma moneda, y cuando Dios nos justifica ante sí mismo en Cristo mediante su sangre, también nos santifica, es decir, nos separa para su uso, y nos hace andar en sus caminos.

Así que el verdadero evangelio de Cristo *no se compromete con el pecado*. Exige realmente arreglar cuentas con Dios o perecer. Dice: “Sométete pecador, sométete al Dios santo y soberano con un corazón arrepentido, sométete, a Cristo con fe, confiando sólo en él para ser salvo”. Y debes abandonar todos los pecados, tienes que renunciar a todos tus pecados, arrepentirte de todos tus pecados, y aborrecer todo pecado. Tienes que morir al mundo, y el mundo a ti. Tienes que dejar a un lado tus pecados y a ti mismo. De otra manera, nunca podrás conocer a Cristo en una auténtica experiencia de salvación. El evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús no te permitirá encubrir, defender o excusar ningún pecado, porque cuando el poder convencedor del Espíritu

Santo obre en tu corazón, morirás al pecado y a ti mismo; y luego Cristo, con su gran poder, el poder del evangelio, te resucitará a una vida nueva. Esta será su vida en ti, y serás una nueva criatura en Cristo.

Por lo tanto, querido amigo, no procures *ponerle condiciones* a Dios, porque mereces ser arrojado al infierno, pero por causa de Cristo, Dios puede tener, y tendrá, misericordia de ti si acudes a él como un pecador que sólo merece el infierno, y renuncias a tus pecados y vuelves a Dios, y te apartas de ellos con un arrepentimiento auténtico y sincero. Esta es tu única esperanza de salvación en Cristo, o sea, acercarte a él como un hombre condenado, implorándole que te quite la vida o te salve por causa de Cristo. Ven a él con la cabeza baja tal como eres, un pecador perdido, porque él vino a “salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10).

El verdadero evangelio de Cristo no sólo se niega a comprometerse con el pecado, sino que tampoco da lugar a un *camino intermedio*, o uno *que tiene algo* del camino ancho y algo del camino angosto. ¡Esto no existe! Porque cuando acudes a Cristo para librarte del castigo del pecado en el infierno por medio de su obra en la cruz (y esto es *justificación*), también te acercas a él por tu necesidad de librarte del poder y del dominio del pecado en esta vida (y esto es *santificación*). La misma naturaleza de la fe que incluye al Cristo completo, requiere que no se separe la justificación de la santificación. Porque Cristo mismo –su Persona misma– es nuestra salvación y esperanza de gloria, y no se puede dividir a la Persona de Cristo. Nadie puede llamarle *Señor* sino por el Espíritu Santo (1 Corintios 12:3), y no podemos conocerlo como Salvador sin conocerlo como Señor que rompe el poder del pecado y nos pone en libertad. Como nos dice Juan 8:36: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” –*¡libres del pecado!* Por la salvación de Dios morimos al pecado y al dominio de su poder (Romanos 6:2).

Hemos muerto al pecado

¡Qué trampa tan sutil ha tendido Satanás a la vasta mayoría de la cristiandad en la actualidad! Es tan sutil que muchos han sido engañados y no pueden ver que lo han sido, piensan que es

posible ser salvos sin que el poder del pecado sea roto en sus vidas (el dominio de su poder). Creen que pueden vivir en la carne y sembrar para la carne. ¡No obstante, se sienten muy seguros en cuanto a su alma eterna por el hecho de haber tomado la decisión de seguir a Cristo y estar viviendo lo mejor que pueden! Pero escucha lo que dice Romanos 5:19-21: “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”. Esto es lo que te he estado presentando: que cuando Dios nos salva, rompe el dominio del pecado, y entonces *la gracia reina*. ¿Cómo? *Por medio de la justicia*, y no aparte de ella, para que, por la gracia de Dios, podamos andar en la justificación y en la santidad auténticas.

Lo que sucede, mi amigo, es que este falso evangelio del cristianismo carnal ha saturado tanto a nuestras iglesias en la actualidad que *nadie cuestiona su relación con Cristo*, porque se le enseña que el creyente puede seguir viviendo según la carne, sembrar para la carne, y tener esperanza de ir al cielo cuando muera. Pero esta es una mentira que procede del infierno, porque, como te he mostrado, la Palabra de Dios enseña algo muy distinto. Según los versículos que hemos leído en Romanos 5, vemos que cuando la ley comienza a convencernos de qué terrible, culpables y ofensivos son nuestros pecados delante de Dios, descubrimos que el pecado abunda y reina en nuestro corazón y nuestra vida, y clamamos a Dios pidiendo misericordia. Cuando Dios nos salva en Cristo, nos da su nueva naturaleza, y envía su Espíritu para morar en nosotros; su gracia abunda y reina en el corazón y en la vida de su hijo redimido.

Romanos 6 comienza con la pregunta “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” El versículo 2 da la respuesta: “En ninguna manera”. ¡Claro que no! ¡Imposible! ¡Ni lo pienses! Porque “los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” Si hemos sido librados del

castigo y del poder del pecado, ¿seguiremos viviendo en él? ¡No! Porque hemos *muerto* al pecado.

Antes de continuar definamos la palabra “muerto”, porque “morir, muerto y muerte”, aparecen 14 veces aquí en Romanos 6. Entonces, ¿qué significa? Las Escrituras se refieren a la muerte física como la separación del individuo de su cuerpo físico, mientras que la muerte espiritual es la separación del individuo de la vida de Dios en la salvación. Entonces, lo que el Espíritu Santo nos está diciendo aquí es que hemos muerto de una vez para siempre al pecado –hemos sido *separados del pecado* como el soberano reinante en nuestra vida –y que ahora el principio de la gracia reina, y reina como soberano. Por lo tanto, andamos en una vida nueva (v. 4) y el poder del pecado está roto, y nunca más volveremos a estar bajo su dominio. ¿Por qué? Porque el *poder de la gracia abunda mucho más*, y, por consiguiente, éste es el verdadero evangelio: el evangelio de la gracia de Dios en Cristo.

“Entonces, ¿qué?”, vuelve a preguntar, “¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?” Y nuevamente contesta: “En ninguna manera”. Porque, siendo lo que somos –pecadores justificados, lavados por su sangre y purificados-- ¿cómo podemos nosotros, que hemos muerto al pecado, continuar viviendo en él? La respuesta es que no podemos, porque, como nos dice Tito 2:11, 12, la *gracia* de Dios que reina ahora, nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos y a vivir sobria, justa y piadosamente en este siglo presente.

La línea fina de separación

Pero aunque podemos ver claramente en estos versículos de Romanos 5:20, 21 y 6:1, 2 que el verdadero cristiano, el auténtico hijo de Dios, ha muerto tanto a la culpa del pecado y su castigo como al poder del pecado y su dominio en el corazón humano, es justamente en este detalle tan delicado que se divide la cristiandad en la actualidad. Porque aquí es donde Satanás ha entrado con esta enseñanza cristiana carnal que sostiene que: “En el momento en que el hombre hace una profesión de fe en Cristo, es salvado de la culpa y del castigo del pecado. Pero el poder del pecado no ha sido roto, de manera que necesariamente continuará viviendo en pecado, y el pecado seguirá reinando en su vida”. Una vez más

debo protestar y proclamar lo que la Palabra de Dios enseña: que, en la salvación, Dios quita tanto el castigo del pecado como su dominio (su poder). Sí, es cierto que el creyente todavía tiene pecado en la carne, pero éste ya no reina sobre él ni lo domina. Si en verdad es un creyente auténtico dirá: “He muerto al dominio del pecado, porque ahora el pecado no tiene dominio sobre mí, porque ahora el principio de la gracia y no del pecado reina en mi corazón y mi vida”. Entonces vemos nuevamente que esto es lo que el poder del verdadero evangelio de Cristo hace por nosotros: *nos libera y nos pone en libertad en Cristo.*

Escúchame, por favor. O estamos bajo el reinado del pecado en Adán, y, por lo tanto, perdidos, o estamos bajo el reinado de la gracia en Cristo y, por lo tanto, salvos. ¡No hay un camino intermedio como el cristianismo carnal! Si el Espíritu Santo, por medio de su omnipotencia, no nos ha sacado del dominio del pecado, estamos perdidos para siempre. Pero esto es sólo lo negativo; hay que hacer algo más. El mismo Espíritu Santo tiene que también trasladarnos al reinado de la gracia, y esto es lo que realiza en la salvación: porque conocemos su poder, su fuerza, su potencia y su influencia dinámica sobre nuestra vida cuando reina en nuestro corazón y vida mediante la justicia. Te advierto, mi querido amigo, *¡no te dejes engañar!* Si siembras para tu carne, de tu carne segarás corrupción y condenación eterna. Pero si siembras para el Espíritu, del Espíritu segarás vida eterna en Cristo por medio de su gracia (Gálatas 6:6-8). *¡No te dejes engañar!*

3

Libre del castigo y del poder del pecado – Primera parte

“No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” – Gálatas 6:7, 8

Trasladado al reino de la gracia

La inclinación de la vida del hombre tiene que ser hacia el Espíritu de Dios, de otra manera, no es salvo. Si siembra para su carne, de su carne segará corrupción. Leemos en Romanos 8:5: “Porque los que son de la carne, piensan en las cosas de la carne” y, en el versículo 6: “Porque el ocuparse de la carne es muerte”. Esto se refiere a la muerte espiritual (la segunda muerte en el infierno), según Romanos 6:23; 8:6. “Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8). Así que, si un hombre anda en el camino de la carne, no es de Dios. No agrada a Dios, sino que a sí mismo. Por otra parte, si uno vive según el Espíritu, se ocupa de las cosas del Espíritu, “y el ocuparse del Espíritu es vida y paz” en Cristo (Romanos 8:6).

La Palabra de Dios afirma claramente en muchos pasajes que cuando Dios salva al pecador en Cristo, dándole un corazón nuevo y una naturaleza nueva, lo saca completamente del reino del pecado (el dominio, el reinado y la soberanía del pecado), y lo traslada al reino de la gracia. Coloca al pecador redimido y salvo bajo el reinado de la gracia. Para comprobarlo, consultemos la ley y el testimonio de la Palabra de Dios en Colosenses 1:13: “el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”. Aquí el apóstol Pablo les dice a los creyentes en Colosas que ellos, que antes pertenecían al poder y el reino de

las tinieblas (de Satanás y del infierno), han sido trasladados (o transferidos) de ese reino al reino de Cristo bajo el reinado de su gracia. Así que, ya no están bajo el poder ni el dominio del reino del pecado y las tinieblas, sino que ahora están bajo el poder y el dominio del reino de la luz, del cielo y de la gracia, lo cual les fue concedido por el Dios soberano en Cristo.

También cuando escribe a la iglesia en Filipos, el apóstol Pablo dice acerca de los cristianos: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20). No nos dice que nuestra ciudadanía estará allí, sino que está ahora en los cielos. Somos una colonia del cielo viviendo en este mundo, pero nuestra ciudadanía ya ha sido determinada por la gracia de Dios en la salvación, obrada en nosotros por el Espíritu Santo. Y encontramos esta misma verdad en Efesios 2:19 –los creyentes ya no son “extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos con los santos, y miembros de la familia de Dios”. En otras palabras, ha sucedido un cambio completo en nuestra posición. Hemos cambiado de reinos de una vez para siempre, de modo que ya no residimos en el territorio del pecado; y debido al hecho de que ya no vivimos bajo el dominio del pecado, el pecado ya no controla nuestro destino.

Antes de llegar a ser hijos de Dios por medio del nuevo nacimiento, estábamos unidos a Adán. Por el hecho de pertenecer a Adán y a su raza caída, todas las consecuencias de su pecado y sus acciones han recaído sobre nosotros. Pero si somos salvos, ya no estamos en Adán, ahora estamos en Cristo. Existen sólo dos posibilidades para cada persona que vive en la actualidad: estar en Adán o estar en Cristo. Éste es el mensaje total de Romanos 5:18, 19. Presta atención al leerlo: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación [el reinado del pecado en Adán] a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida [el reinado de la gracia en Cristo]. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores [el reinado del pecado en Adán] , así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos [el reinado de la gracia en Cristo]. Y en el versículo 17: “Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte [el reinado del pecado en Adán], mucho más

reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, [el reinado de la gracia en Cristo]”.

Libres del poder del pecado

Lo que estamos diciendo es esto: ¡El evangelio de la gracia de Dios pone en libertad al pobre pecador cautivo! Queda libre tanto del poder como del castigo del pecado, porque ahora está en Cristo y en su reino. ¿Te das cuenta que el verdadero evangelio es “poder de Dios para salvación” (Romanos 1:16)? La palabra “poder” se deriva del vocablo “dunamis” que se refiere a dinamita. Así, esta dinamita del verdadero evangelio nos libra del pecado para andar en la vida nueva en Cristo. Cuando comparezcamos delante de Dios como pecadores perdidos, y escuchemos del tribunal del cielo la sentencia de nuestro destino – “el alma que pecare, *esa morirá*” (Ezequiel 18:20)-- y nos sometemos a este juicio, sabiendo y reconociendo que somos pecadores que merecemos el infierno, luego, cuando escuchamos la predicación del evangelio –las buenas nuevas de liberación por medio de la sangre de Cristo-- y por el Espíritu Santo esto penetra nuestra alma, anhelamos este regalo de Dios en Cristo y clamamos para recibirlo. Por fe, vemos en Cristo y su evangelio una salvación completa que nos libra del pecado y todo su poder. Y nos lleva a confiar en él y alabarle por esta liberación que es para este tiempo y para la eternidad.

Mi amigo, ¿de qué sirve un evangelio si no presenta las buenas nuevas de liberación en Cristo? ¿O de qué sirve si no nos libra de lo que nos domina, nos ata y reina sobre nosotros, condenando nuestra alma al infierno? El verdadero evangelio libra a los hombres de la tiranía del pecado y rompe su poder. No les dice: “Pasa adelante en el culto profesando tu fe, dame la mano y pruébame por un día, una semana o un mes a ver si te va bien. Luego, si no lo puedes soportar, siempre puedes volver atrás para ser un cristiano carnal”. ¡No! ¡Ese no es el verdadero evangelio! El mandato del evangelio es éste: Acude a Dios con fe como un pecador arrepentido: Depone las armas de rebelión que has utilizado en su contra, luego, acércate a él (por medio del poder del Espíritu Santo que ahora obra en ti), lo harás aborreciendo el pecado y deseando al Señor Jesucristo, anhelando

conocerle en su plenitud, conocer su poder y su liberación, y anhelando someterte a su señorío. Amigo mío, de esto se trata la *gracia*; y, por esta gracia, Dios te concede una salvación que no te dejará volver al reino de Satanás. La salvación de Dios te impedirá regresar al reino del pecado; porque esta gracia y este evangelio te domina, te guarda y te libera para este *tiempo* y para la *eternidad*, concediéndote gracia y poder por medio del Espíritu Santo que mora en ti a fin de que seas un vencedor en el Señor Jesucristo.

El reino de la gracia

Ahora bien, por medio del mismo evangelio que nos libra del reino del pecado, recibimos la garantía de la Palabra de Dios de que nuestros pecados han sido perdonados y que hemos sido trasladados al reino de la gracia y todo lo que significa en términos de poder. Porque el reino de la gracia es un reino muy potente, siempre produce ciertos resultados. Considera las siguientes preguntas: ¿No produjo el reino del pecado ciertos resultados? ¿Acaso no causó que la muerte se enseñoreara sobre nosotros? ¿No causó que pecáramos al hacernos odiar, blasfemar, matar, mentir, defraudar, robar, codiciar, envidiar y dar falso testimonio contra nuestro prójimo? ¿Acaso no nos llevó a hacer las cosas que desencadena la ira de Dios sobre nosotros? ¿No nos hizo ignorar nuestras convicciones y encaminarnos hacia el infierno? Claro que sí. Porque reinaba sobre nosotros. Era algo muy potente, era el soberano en el trono del corazón y teníamos que obedecerle. Del mismo modo, la *gracia* reina sobre cada hijo de Dios: “mas cuando el pecado abundó, *sobreabundó la gracia*“ (Romanos 5:20). Efectivamente, así como el poder y el dominio del pecado garantizan ciertos resultados, el reino y el dominio de la gracia garantizan más resultados todavía. Y estos resultados garantizan que mi salvación completa y definitiva está completamente asegurada. Garantiza que toda la dinamita y el poder tremendo del reino de la gracia están sobre mí y obran en mí, para llevarme al final, a la presencia de Dios, a un estado de absoluta perfección en la glorificación.

Dado que éste es el propósito del evangelio –romper el dominio del pecado y entronizar el poder de la gracia-- ¿seremos

cristianos “carnales” y dejaremos el cetro en las manos de nuestra carne? ¡No! El propósito de la gracia de Dios que nos da en el evangelio es destruir al pecado con todas sus obras y todo lo que le pertenece (¡lo cual hará la mañana de la resurrección!). Porque Romanos 6:14 nos dice: “Porque el pecado *no* se enseñoreará de vosotros”. ¿Por qué? Porque la gracia es mucho más poderosa. Donde abunda el pecado, sobreabunda más la gracia, ¡y este es el evangelio que la Biblia declara! Este es el evangelio de la gracia de Dios en Cristo que rompe el poder del pecado, nos libra y reina en nosotros, para que podamos andar en el camino de la justicia y la verdadera santidad. ¡Ningún otro es el verdadero, sino que es un evangelio pervertido! Por lo tanto, si estás viviendo en pecado, escondido detrás de una falsa profesión de fe, presentando excusas por tus pecados, y si el poder del pecado no fue roto a pesar de que dices que te convertiste, entonces te digo que, según la Palabra de Dios, estás perdido y no sabes nada del poder del verdadero evangelio de Cristo.

Es imposible seguir en pecado

Es más, esto nos lleva a Romanos 6:2: “Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos en él?” No podemos hacerlo. ¿Por qué? Porque la palabra “vivir” significa “continuar y morar”. Esto nos lleva a comprender que, en vista de nuestra posición (bajo el reinado de la gracia), ¡nos es imposible continuar viviendo una vida de pecado! Fíjate lo que dice 1 Juan 3:9: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”. Esta profunda declaración significa que el que nace de Dios ya no sigue en una vida de pecado, o sea que no hace de él una práctica. No puede continuar bajo el reino del pecado porque su simiente (la de Cristo) permanece en él, es decir, la nueva vida de gracia en Cristo. Juan no está afirmando que el que ha nacido de Dios nunca puede cometer un pecado, porque si éste fuera el significado del versículo, no habría nadie en el cielo, ni habría ningún cristiano hoy sobre la tierra. No, lo que está diciendo es que tal persona no puede continuar viviendo en el reino del pecado. Nota la palabra “no”, o sea que es imposible. Nuestro Señor dijo: “De cierto, de cierto os digo, que

todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre”. Por lo tanto, considera todos estos pasajes y verás claramente que es imposible que un cristiano viva en el pecado, porque está bajo el poder de la gracia y vive en el reino de su fuerza poderosa. Porque el alma redimida se encuentra bajo la influencia y el poder de Cristo, no puede seguir viviendo donde vivía antes porque la misma gracia se lo impide.

Ahora bien, no estoy diciendo que la Biblia enseñe la perfección sin pecado, ni que nuestra naturaleza pecaminosa pueda ser erradicada en esta vida. Esto se debe a que el pueblo de Dios todavía tiene el pecado en la carne, tal como lo explica Romanos 8:10. Lo que está diciendo la Palabra de Dios es que el pecado reinó para muerte antes de que Dios nos salvara, ahora la gracia reina por medio de la justicia, y mayor es el Espíritu Santo que está en nosotros para hacer que la gracia abunde más dentro de nosotros que aquel que desde afuera (Satanás) cause que el pecado abunde en nosotros. El Señor dice más adelante en Juan 8: “Así que si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36). Esa es una libertad absoluta en la que interviene el Hijo, porque vino para darnos vida, y para que esa vida sea más abundante en él.

Este es el verdadero evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús, del cual dijo Pablo: “No me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16). Este evangelio no sólo hace posible que seamos salvos, sino que también nos da todo lo que necesitamos para guardarnos por toda la eternidad. Por lo tanto, dice Romanos 8:1 de los que somos salvos por el verdadero evangelio y la gracia de Cristo: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” para alabanza de nuestro Dios de gracia, ¡podemos decir que podemos andar, y andaremos, conforme al Espíritu, por su gracia!

4

Libre del castigo y del poder del pecado – Segunda parte

Romanos 6:1-4

Todo el capítulo 6 de Romanos está en contra del evangelio falso del cristianismo carnal. Después de considerar la pregunta del versículo 1: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?”, el versículo 2 nos dice *no*, que los que somos salvos hemos muerto al pecado y ya no andamos en él, porque al salvarnos, el Hijo nos ha librado del pecado y del dominio de su poder. En el versículo 3 leemos que al ser salvos fuimos bautizados por el Espíritu Santo en Jesucristo; es decir, que fuimos colocados en Cristo, y, por lo tanto, fuimos bautizados (colocados) en su muerte. Todo lo que Cristo, nuestro Señor, hizo en su muerte como nuestro sustituto, ha llegado a ser nuestro, porque estábamos con él en la cruz. Cuando fuimos salvos por su gracia, todos los beneficios que resultaron de su obediencia hasta la muerte, han llegado a ser nuestros. Esto es lo que Dios hace por cada alma que salva.

En el versículo 4 leemos que en razón de que ha sucedido esto, hemos sido sepultados por el bautismo en su muerte (o colocados en su muerte) y tal como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, nosotros hemos resucitado con él para andar en una vida nueva. En consecuencia, el pecado ya no ejerce dominio sobre nosotros porque hemos muerto al pecado así como Cristo dio muerte a nuestro pecado que cargó en su propio cuerpo en el madero (vv. 9, 10).

Podemos comprender estas verdades que encontramos en Romanos únicamente por el poder revelador del Espíritu de Dios; pero, mi querido amigo, sólo si Dios tiene a bien revelarlas a nuestro corazón por medio de su Espíritu, ¡qué riqueza de

verdades espirituales encontramos aquí! ¡qué caudal de su gracia ha derramado sobre nosotros! Lo que el Espíritu Santo nos está diciendo es: *hemos sido hechos uno en Cristo*. Del mismo modo que Cristo murió por nuestros pecados, hemos muerto nosotros a estos mismos pecados. Y ya no tienen dominio sobre nosotros, porque el reinado del poder del pecado ha sido roto.

Romanos 6:5

En el versículo 5 tenemos una vez más la declaración clara de la unión del creyente con Cristo en las palabras: “plantados juntamente con él”. Lo que el Espíritu Santo nos está diciendo aquí es (lo que para mí da por tierra al evangelio del cristianismo carnal): Puesto que hemos sido plantados juntamente con Cristo en su muerte, hemos sido plantados juntamente *con él en su resurrección*. ¡Oh, que tomáramos nuestra Biblia y leyésemos lo que Dios ha hecho por nosotros y nos ha dado en Cristo al salvarnos! Allí encontramos que los beneficios que hemos recibido por identificarnos con él en su muerte nos son *asegurados* por el poder de su resurrección. ¡Y esto no deja nada que se preste a equivocaciones en la salvación positiva que nos es dada en Cristo Jesús el Señor!

Pero este versículo 5 nos subraya otra gran verdad: Por haber sido plantados juntamente con él, *produciremos* el fruto de la santificación (v. 22), porque estamos unidos a Cristo en esa relación vital de *ser uno*. Si comparamos esto con Juan 15:5 donde nuestro Señor dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos” podemos ver esta misma verdad de identificación con Cristo en esa unión vital de *ser uno*. Y si estamos unidos a él siendo uno, entonces tal como él está en el cielo, así estamos en esta tierra como peregrinos y extranjeros camino hacia la gloria. Por lo tanto, siendo un buen árbol, producirémos buen fruto, según Mateo 7:18. Lee este versículo con cuidado, y verás que “un buen árbol no puede dar malos frutos”. ¿Por qué? Porque está identificado con Cristo, el sufriente, en la muerte al pecado y en la resurrección a una nueva vida que da fruto para santificación.

Amigo mío, ¿has notado la frase “no puede” en Mateo 7:18? El buen árbol, que representa al hijo de Dios nacido de nuevo (uno aceptado por Cristo y unido a él en la *unidad* de la fe en la

salvación), no puede dar malos frutos. ¿Por qué? Porque el buen fruto del Espíritu Santo es producido por la vida de Cristo en nosotros. ¡Oh, mi querido creyente, esto se refiere a nuestra posición en Cristo! Sí, considero estos pasajes como benditos, porque me dicen que dado que he sido identificado con Cristo en su muerte y resurrección, entonces también, en virtud de su vida en mí, tengo la capacidad de vivir una vida nueva con el poder del pecado habiendo sido roto ya, y producir fruto para santificación, a medida que Dios por su Espíritu me va cambiando de gloria en gloria a la semejanza de Cristo.

Romanos 6:6

Llegamos ahora al versículo 6 de este capítulo 6 de Romanos, que dice: “Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado”. Primero consideremos la expresión: “Sabiedo esto” que, en mi opinión, es una evidencia más en contra del falso evangelio del cristianismo carnal. ¿Cómo? Por la enseñanza del Espíritu Santo cuando nos encontramos bajo convicción. Está diciendo aquí que esto es algo conocido, algo sobre lo cual todos tenemos que estar absolutamente seguros, por lo tanto, el Espíritu Santo dice: “Sabiedo esto”. Quizá preguntes: “¿Qué es lo que tenemos que saber?” Esto: que morimos al pecado en la muerte de Cristo, y que resucitamos en la resurrección de Cristo para andar en una vida nueva; y, por consiguiente, hemos llegado a ser nuevas criaturas en Cristo. ¿Sabías esto? ¿Vives siempre en la luz de este conocimiento? ¿Estás seguro de esto? Si eres salvo, tienes que estar seguro porque es una parte vital y esencial de nuestra salvación. Ahora contamos con el poder para despojarnos del comportamiento anterior del viejo hombre que está viciado por sus deseos engañosos, y vestirnos del nuevo hombre creado a semejanza de Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4:22-24). Sí, porque el poder del pecado ha sido roto, podemos obedecer estos mandatos de no servir ya al pecado. ¿Obedecer perfectamente? ¡Ojalá pudiéramos! Esto es lo que los hijos de Dios anhelamos porque aborrecemos el pecado. No obstante, siendo salvos aprendemos de la Palabra de Dios y aceptamos por

fe que ésta es nuestra posición en Cristo: ¡él nos ha librado del reino y de poder del pecado!

El Espíritu Santo nos enseña

Entonces, ¿por qué la mayor parte de la cristiandad no sabe de esta liberación del poder y del castigo del pecado? ¿Por qué tantos viven según la carne y no según el Espíritu? ¿Por qué ofrecen toda clase de excusas para andar en la carne y a favor del evangelio del cristianismo carnal? Amigo mío, lo que sucede es que les ha faltado la convicción que da el Espíritu Santo, porque si hubieran sentido la convicción que proviene del Espíritu Santo, habrían sabido de la esclavitud del pecado, y, por consiguiente, la liberación que él da. El Espíritu Santo les hubiera enseñado por medio de la convicción, las cosas que tanto humillan a la carne.

¿Cuáles son estas cosas que enseña las cuales humillan tanto a la carne? (1) Que tú y yo estamos destituidos de cualquier justificación o buenas obras que el Señor aceptaría (Isaías 64:6). (2) Que en nuestra carne no mora ninguna cosa buena (Romanos 7:18). (3) Que por naturaleza, tú y yo somos pecadores viles y miserables delante de Dios (Job 40:4; Apocalipsis 3:17). (4) Que tú y yo estamos destituidos de cualquier sabiduría espiritual (Romanos 3:11), y, por lo tanto estamos llenos de vanidad y orgullo (Salmo 39:5). (5) Que estamos destituidos de todo poder espiritual (Romanos 5:6), y, por lo tanto, no tenemos la capacidad de hacer algo bueno por nuestros propios medios (Juan 15:5). (6) Que tú y yo estamos privados de libertad (Isaías 61:1), y, por lo tanto, estamos vendidos al pecado (Romanos 7:14).

Además, el Señor nos enseña que somos esclavos de nuestras concupiscencias (Tito 3:3), y andamos según el consejo del diablo de cuya voluntad somos cautivos (2 Timoteo 2:26), porque, por naturaleza, somos de nuestro padre, el diablo (Juan 8:44). Esto es lo que Dios nos muestra bajo convicción, y, contando con este conocimiento, nos arrepentimos humillados ante Dios.

Amigo mío, lo que sucede es que bajo la convicción de su Palabra, el Espíritu Santo deja que la luz *del glorioso evangelio de Dios* ilumine nuestro corazón, manifestando la gloria de Jesucristo, y, por lo tanto, nos vuelve de las tinieblas a la luz, sacándonos completamente del reino de tinieblas para colocarnos

en Cristo y en su reino. Esta es nuestra posición en Cristo por la obra de la cruz que él realiza en nosotros, y esto lo experimentamos por fe a medida que el Espíritu Santo nos enseña utilizando su Palabra. Gracias a esta obra entendemos por fe las palabras benditas de nuestro Señor en Juan 8:36: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”. Habiendo vivido en la esclavitud del pecado (¡sí, como esclavo!) ahora, por medio de la salvación en Cristo, el Espíritu Santo nos muestra por medio de su palabra, y aceptamos por fe, que hemos sido liberados (puestos en libertad) *por el evangelio*, el cual es poder de Dios para salvación. ¿De qué modo se efectúa esto en nosotros, y cómo podemos comprenderlo? Por medio de la obra del Espíritu Santo en nuestro corazón. Él obra el arrepentimiento en nosotros de modo que comparecemos ante Dios como culpables y con odio contra los pecados que hemos cometido contra Dios, y reconociendo que somos pecadores delante de él. Es también por medio del poder del Espíritu Santo a través del evangelio que creemos para vida y sabemos que Dios en su misericordia y gracia, ha perdonado nuestros pecados, cubriéndolos con su sangre preciosa; y nos ha dado un corazón nuevo y una naturaleza nueva, y, por lo tanto, nos capacita para poder andar en el camino de justicia y de auténtica santidad.

¿Qué es el evangelio?

Ahora bien, ¿qué es el evangelio? El evangelio es las *buenas nuevas* que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó el tercer día conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3, 4). Por lo tanto, basado en este evangelio, que es Cristo mismo y toda su obra, Dios puede ser justo en librar al pobre pecador que acude a él con arrepentimiento y fe, y Dios considera todo lo que hizo Cristo como algo que él, el pecador, ha hecho. Así es que por causa de la obra de Cristo y por medio del poder del Espíritu Santo, se efectúa esta liberación.

Por la gracia soberana y gratuita, el pecador es librado, *primero*, de la *condenación del pecado, del castigo de la ley y de la ira de Dios*, en la justificación. Isaías 42:7 dice que Cristo fue enviado: “para que abras los ojos de los ciegos, para que saques

de la cárcel a los presos, y de casa de prisión a los que moran en tinieblas”. En Lucas 4:18, 19, Cristo dice: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”. También leemos en Romanos 8:1: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”.

Segundo, por medio del poder del verdadero evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús que obra en la salvación, hay una liberación del *poder de Satanás*. Esta verdad de la gracia se manifiesta en Colosenses 1:13 con estas palabras: “el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”. En Hebreos 2:14, leemos que Satanás, quien tenía el poder de la muerte, ha sido destruido para el creyente, y que el que es el hijo de Dios no volverá a estar bajo el yugo del poder de Satanás (1 Juan 5:18).

Tercero, en la salvación por medio del poder del evangelio, el pecador es liberado del poder del pecado. Presta atención una vez más a Romanos 6:14, 18: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia... y *liberados del pecado*, vinisteis a ser siervos de la justicia”. Sí, nuestro Dios nos ha librado de una vez para siempre de la esclavitud del pecado por el derramamiento de su propia sangre preciosa, habiendo obtenido para nosotros la redención eterna. Sí, la redención es por medio de sangre y de poder. Cristo pagó el precio al derramar su sangre, y el Espíritu Santo, por su poder, nos da la experiencia de la salvación. ¡Esto es lo que el evangelio hace por nosotros! Por lo tanto, jamás volveremos a estar a la venta como esclavos, porque nos hemos convertido en hijos de Dios, herederos del Padre y coherederos con Cristo. Y nuestro cuerpo es ahora el templo del Espíritu Santo. ¡Esto es motivo para elevar nuestras preces a Dios!

Cuarto, por medio de su poder, el evangelio nos da un *corazón nuevo y una naturaleza nueva* a fin de capacitarnos para servir a Dios y andar por un camino que nunca hemos transitado antes: ¡el camino de justicia! ¡Causa que guardemos su Palabra! ¡Qué pensamiento tan glorioso! Todo el pueblo de Dios ha sido

salvo y está seguro para siempre, debido al poder del Espíritu Santo que nos guarda y mora dentro de nosotros.

¿Sabes algo de este evangelio de gracia en Cristo, que nos libra del poder y del reino del pecado? ¿O has sido engañado por ese falso evangelio del cristianismo carnal que se manifiesta en meramente creer y no libra del poder ni del reino del pecado, y, por lo tanto, condena tu alma? ¡Fuera con ese evangelio tan falso! Venga el verdadero evangelio de la gracia de Dios que viene con poder para romper el pecado en nuestra vida y corazón, y nos hace andar en una vida nueva en el Señor Jesucristo.

5

¿Por qué debe el cristiano morir al pecado?

“Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos en él?” (Romanos 6:2). Ya hemos visto que todo el capítulo 6 de Romanos presenta la gloriosa verdad de la muerte del creyente al pecado y, por lo tanto, la liberación de su dominio, de su tiranía, de su reinado y de toda su influencia. Creo que la clave que nos comunica esta verdad se encuentra en Romanos 5:21: “Para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante, Jesucristo, Señor nuestro”. En el Señor Jesucristo, en cuya muerte fuimos bautizados, somos librados totalmente del pecado y de su poder.

Presta atención porque vamos a volver a enfatizar esta gran verdad eterna: El cristiano es uno que está en Cristo. Por el hecho de estar en Cristo, ha muerto con él, ha sido sepultado con él, ha resucitado con él, en él está vivo para Dios. Y debido a esta identificación con Cristo, el pecador arrepentido creyente, ha sido liberado del pecado –ha muerto al pecado.

¿Cómo hemos muerto al pecado?

Ahora surge la pregunta: “¿En *qué sentido* el creyente en Cristo *ha muerto al pecado*, habiendo, por lo tanto, sido librado de él?” Las Escrituras son claras al decir que no estamos libres de la *influencia* del pecado, y nos dice que el pecado influye sobre nosotros porque todavía tenemos pecado en la carne (Romanos 7:15, 19; 8:10). Ni tampoco estamos todavía muertos a la *presencia* del pecado (Romanos 7:21), ni lo estaremos hasta recibir nuestro cuerpo nuevo en la resurrección. Ni estamos libres de los *efectos* del pecado en esta vida, porque Romanos 7:24 y el Salmo 51:2 nos dicen que el pecado aún nos afecta, sigue siendo la plaga de nuestro corazón. Nuestro Señor nos enseñó a orar:

“Perdónanos nuestros pecados” (Lucas 11:4), y nos ha dado 1 Juan 1:9 como nuestro confesionario y el Trono de Gracia al cual acudir (Hebreos 4:6) para hallar gracia en nuestra hora de necesidad.

¿En qué sentido estamos *muertos* al pecado? Las Escrituras enseñan claramente que estamos muertos al pecado *como un amo que ejerce autoridad sobre nosotros*, porque Cristo es nuestro Señor, y donde antes reinaba el pecado para muerte, reina ahora la gracia por la justicia (Romanos 5:21). Estamos muertos al pecado, *con respecto a su culpabilidad*, el pecado no nos puede condenar, pero estamos vestidos de la justicia de Cristo, lavados por la fe en su sangre, y nos presentamos delante de Dios completamente justificados de todo pecado. Nuestros pecados le han sido imputados a Cristo (Romanos 4:8). “Ahora, pues, *ninguna condenación* hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió, más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”. Lo repetimos: vemos que ya no seguimos la corriente de este mundo (Efesios 2:2), como lo hacíamos cuando andábamos en tinieblas, sino que ahora somos luz y andamos como hijos de luz (Efesios 5:8). Ahora ya no consideramos el pecado como un amigo, sino un enemigo; ahora como hijos de Dios deseamos vivir según el Espíritu, y no según la carne.

No he dicho que creo que la Biblia enseña la perfección sin pecado, ni la erradicación de la vieja naturaleza en el creyente. Tampoco he afirmado que el creyente puede vivir sin pecado en esta vida, porque esto no es lo que la Biblia enseña. Lo repito: (1) El pecado ya no es nuestro señor, porque Cristo es nuestro Señor, y la gracia reina en nuestro corazón. (2) Estamos muertos a la culpabilidad del pecado, porque no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús. (3) Estamos muertos al pecado como manera de vivir porque ya no andamos en oscuridad sino en la luz del Señor. (4) Estamos muertos al pecado porque ya no es nuestro amigo, sino nuestro enemigo. Por la gracia de Dios huimos del pecado.

¡Y esto es algo que hace Dios por cada alma que salva! Nunca debemos olvidarlo porque en esto radica nuestra esperanza, nuestra paz, nuestra seguridad y, sí, nuestra salvación que hemos recibido gratuitamente en el Señor Jesucristo.

Por favor no te canses de que siga repitiendo estas verdades de la gracia, porque lo hago por tu bien. Primero, para que, si eres realmente salvo, puedas saber lo que tienes en Cristo y te regocijes en él; o, si has sido engañado por el evangelio falso del cristianismo carnal, puedas, por la gracia de Dios, escapar del lazo del diablo (2 Timoteo 2:25, 26).

“Yo en ellos, y tú en mí”

¿Puede uno ser un cristiano justificado, y, no obstante, no ser libre del pecado? ¿Hemos de esperar esta libertad en alguna experiencia futura? ¿Podemos justificarnos diciendo, como dicen algunos: “Bueno, no soy yo, sino mi vieja carne la que peca”? ¿Podemos aceptar a Jesús como Salvador ahora y a la vez rehusar someternos a él como Señor hasta algún momento en el futuro? ¡Esto no puede ser! Tales enseñanzas no pueden estar en lo cierto por causa de nuestra unión con Cristo: en todo lo que él es, por todo lo que ha hecho y por todo lo que hace por nosotros en la actualidad. Los hijos de Dios se han identificado con Cristo, se han unido a él en una unión inmutable e irrompible. Nuestro bendito Señor se interesa profundamente en esta unión. Lo comprobamos al leer su oración como nuestro sumo sacerdote: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste... para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:20-23). De modo que vemos que nuestro Señor oró por esta unión con su pueblo, el cual él adquirió en la cruz, y que esta oración ha sido contestada, porque en la salvación somos uno en Cristo, ¡y él nos ha capacitado para perseverar hasta el fin en esa gracia y esa fe otorgada gratuitamente hasta el fin!

Lo repito. Las Escrituras declaran que *esta unión procede de Dios nuestro Padre*: “Por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30). Efectivamente, fue el propósito y el plan del Padre desde la eternidad, el Hijo lo pidió en oración y lo compró en la cruz. Y 1 Corintios 12:12, 13 declara que el Espíritu Santo lo ha hecho eficaz en el corazón y la vida de cada uno de sus hijos. “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos bautizados *en un cuerpo*, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de *un mismo Espíritu*”. Lo diremos en palabras sencillas: “los que hemos sido salvos hemos sido bautizados en (o colocados) en un mismo cuerpo, y ese cuerpo es Cristo. Por lo tanto, vemos que estamos unidos a Cristo, quien es la “cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22, 23).

Romanos 7:14 habla de esta unión del creyente con Cristo como una unión matrimonial: “Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”. ¡Qué hermoso — desposados con Cristo — entregados a él en el lazo de la unión matrimonial espiritual, porque nos hemos unido en esa unión inseparable del amor! Habiéndonos unido a Cristo en la unión santa del amor espiritual, habiéndole prometido nuestra lealtad para este tiempo y para la eternidad, habiéndolo aceptado para siempre, renunciando a todos los demás amores para aferrarnos a él toda la vida, ¿cómo podríamos pensar en un adulterio espiritual, y mucho menos, practicarlo? Él se ha ganado nuestro corazón con todos los regalos de su amor a nuestra alma. Sí, nos preserva por su obra continua como sumo sacerdote dentro del velo y su Espíritu que mora en nosotros. Y tenemos su promesa que viene para recibirnos para sí, para que donde él esté estemos también nosotros por toda la eternidad.

En vista de todo esto, pregunto: ¿Cómo podría yo abandonarlo a él o él a mí para volver yo al dominio del pecado?

¡Jamás! Él ha prometido guardarme hasta el fin sin mancha ni arruga, y guardarme sin caída delante del Padre celestial (Judas 24), quien me escogió para ser la esposa de su Hijo por la eternidad. Y esto para mí, es razón para cantar con gozo mis alabanzas a él, porque su Palabra me asegura que ahora ha redimido mi alma eterna de la fosa del infierno, me ha librado del cautiverio de Satanás y me guardará para siempre. ¡Nunca me dejará separarme de él! ¿Cómo? Por medio de su amor y su poder que me constriñen.

Ejemplos

Sucede lo mismo en la vida humana. Si uno ama a su esposa, no tiene necesidad de otra. Si ha abandonado a todas las demás por ella, entonces hay satisfacción y contentamiento, y esto hasta la muerte. Ahora bien, tal como el amor auténtico mantiene juntos al marido y a la esposa y los mantiene mutuamente fieles, así también en las realidades espirituales, el amor auténtico a Cristo nos mantiene fieles a él en ese voto matrimonial tomado en la salvación.

“Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los *juzgará Dios*” (Hebreos 13:4). Si eso es cierto en la vida humana, podemos estar muy seguros de que también es muy cierto en la vida espiritual. Santiago 4:4 dice: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es *enemistad* contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye *enemigo* de Dios”. Efectivamente, Dios juzgará a los adúlteros que profesan estar desposados con Cristo y prostituyen su amor en la lascivia del pecado. Lo que Dios está afirmando es que ¡no eres salvo si vives en el pecado! ¡Eres su enemigo y vives bajo su ira!

Los siguientes versículos puntualizan nuestra *unión con Cristo*: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?” (1 Corintios 6:15). “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Efesios 5:30). Luego, en 1 Corintios 6:15 tenemos la pregunta: “¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera?” y sigue la respuesta: “De ningún modo”. ¡Ni se les ocurra! ¿Por qué? Porque hemos sido comprados por precio. No nos pertenecemos a

nosotros mismos, sino a otro, a Jesucristo, nuestra cabeza y nuestro esposo.

En 1 Corintios 6:17 vemos que el hijo de Dios tiene una *unidad de espíritu* con Cristo, por lo tanto, no hará del pecado una práctica de su vida. En Romanos 8:35 vemos que el que es hijo de Dios tiene *el amor de Cristo*, por lo tanto no hará del pecado una práctica de su vida. O, como nos dice 2 Corintios 5:14: “El amor de Cristo *nos constriñe*” –nos sostiene. Y en Colosenses 3:4 está escrito que el hijo de Dios tiene la misma vida de Cristo en él, por lo tanto, no hará del pecado una práctica de su vida. Por último, vemos en Colosenses 2:10: “Y vosotros estáis *completos* en él”. El hijo de Dios está *completo* en Cristo, y no tiene necesidad de ningún otro, ni de ninguna otra cosa para tener gozo, felicidad, contentamiento y satisfacción mientras espera a su Amado del cielo, y, por lo tanto, no va a hacer del pecado una práctica de su vida.

Efectivamente, la Biblia está llena de razones por las que el auténtico hijo de Dios no va a hacer del pecado una práctica: está desposado con Cristo, y por lo tanto, está ligado por la ley del amor y del matrimonio. Está en Cristo, y, por lo tanto, tiene la mente de Cristo, tiene el Espíritu de Cristo, tiene el amor de Cristo, y aun la misma vida de Cristo dentro de él por medio del Espíritu Santo.

Aplicación

¡Gloria, aleluya y alabado sea nuestro Señor resucitado porque nos ha dado semejante evangelio, semejante redención, semejante liberación! ¡Un evangelio que nos libera en Cristo Jesús para andar en la luz! Él nos hizo sentar en los lugares celestiales en él mismo para que tengamos comunión con nuestro trino Dios en Cristo Jesús nuestro Señor. ¡Sí, este verdadero evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús permite vivir en el cielo mientras estamos todavía en la tierra!

¿Conoces este evangelio que libera al hombre de la ley del pecado y la muerte? ¿Has sentido alguna vez la obra del Espíritu Santo en tu corazón para convencerte del pecado, la justicia y del juicio venidero? ¿Nunca te ha presentado delante de ti tus pecados para mostrarte tu condición culpable ante Dios? ¿Nunca te ha

enseñado el Espíritu Santo tu condición verdadera, que vives engañado, que tu corazón es engañoso por sobre todas las cosas y desesperadamente perverso? ¿Puedes recordar la convicción del Espíritu Santo, y cómo te postraste a los pies de Dios con un arrepentimiento auténtico, con aborrecimiento por tus pecados y un anhelo de santidad y justicia, un anhelo de ser librado del castigo y del poder del pecado y de la ira de Dios? ¿Puedes recordar cuando escuchaste el evangelio de la *gracia* de Dios, esas buenas nuevas de salvación y liberación en Cristo? ¿Te has acercado a él con fe, esa fe que el Espíritu Santo da para que le confíes tu alma eterna para este tiempo y para la eternidad?

6

El evangelio falso: No hay un cambio de conducta ni de opiniones

“Fe muerta”

El nuevo evangelio que hoy ha surgido, le permite al hombre seguir viviendo la misma vida impía e incrédula de antes a la vez que profesa ser cristiano. A pesar de la vida pecaminosa que lleva y a pesar de la condición perversa de su corazón, mantiene un cierto cascarón o forma externa de religiosidad. Es posible que hasta asista a los cultos, que lea su Biblia, que participe de la Cena del Señor, y hasta enseñe en la escuela dominical o predique en el púlpito –pero no posee nada real o vital porque *Cristo* no está en él. ¡No ha habido ningún *cambio vital* en su corazón por obra del Espíritu Santo!

¿Te das cuenta que este evangelio nuevo niega el poder de la gracia de Dios para romper el poder del pecado en la vida del pecador a través de la salvación y para mantener al alma redimida en el camino de la justicia y de la santidad auténtica? Por el hecho de no conocer este poder, el cristiano carnal se rinde ante la lascivia de la carne disfrazada de “libertad”, y sigue produciendo *los mismos frutos de la carne* que producía antes de manifestar su decisión de seguir a Cristo o de hacer su profesión de fe. Su profesión de fe no es más que una delgada capa, un endeble revestimiento de cristianismo, no posee el poder vital, dador de vida, que libera al pecador para seguir a Cristo en una vida de renunciamiento y santidad.

“La fe sin las obras es *muerta*” (Santiago 2:26). Nuestro Señor le dijo a la iglesia en Sardis: “Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto” (Apocalipsis 3:1). Efectivamente, el cristiano carnal todavía está espiritualmente

muerto, y aunque su pastor trate de llevarlo al cielo con su pura predicación ante su ataúd, ¡va a parar al infierno! Éstos son los que Pablo describe en 2 Timoteo 3:5: “Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita”. Los que enseñan este evangelio falso nada saben acerca del poder de nuestro Dios todopoderoso para salvar, romper el poder del pecado y librar al alma cautiva, de modo que ande en una vida nueva en Cristo, la cual es una vida de santidad. Por eso, sus convertidos producen los mismos frutos que se mencionan en los versículos anteriores de 2 Timoteo 3, a saber: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita”.

Frutos del verdadero evangelio

Primero, vemos que los frutos que produce el verdadero evangelio en el corazón del hijo de Dios, se manifiestan cuando los comparamos con la semejanza de Cristo. El poder del evangelio obra en la vida del creyente que se ha arrepentido y ha creído, y, en consecuencia, esto lo ha librado del poder y la tiranía del pecado y ha producido en él, el reinado de justicia. Debido a esto, el alma redimida puede andar en una vida nueva por medio del Espíritu Santo que mora en él. El hijo de Dios es transformado a la semejanza de Cristo cuando el Espíritu Santo produce una vida cambiada de santidad, y, por consiguiente, esto lo separa de la vida de pecado, y lo aparta para el uso de Dios. Todo esto es efectuado por el poder del Espíritu Santo, que se denomina santificación progresiva (2 Corintios 3:17, 18). Vemos ahora que el fruto del Espíritu Santo es producido en el alma redimida tal como lo describe Gálatas 5:22; “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”. También, por su poder divino se le conceden “preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a

ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:4). Y el poder de Dios nos guarda a cada uno por medio de la fe para salvación hasta el momento en que nos lleve a estar con nuestro Señor para siempre jamás (1 Pedro 1:4).

Ya ves, todo lo que necesitamos para toda la eternidad lo recibimos en Cristo, y la fe recurre a la Palabra de Dios que es fiel y vence diariamente al pecado, a Satanás y al mundo: “Antes en todas estas cosas somos *más que vencedores* por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37). ¡Tales son los frutos producidos por el verdadero evangelio en el corazón de los hijos de Dios!

Su comportamiento es incorrecto

Consideremos ahora los frutos de los que han sido engañados por el evangelio falso del cristianismo carnal según los describe 2 Timoteo 3. *Primero*, veremos que su *comportamiento* es incorrecto. *Segundo*, veremos que sus *opiniones* son erróneas. Y, *tercero*, veremos que hasta sus *afectos* son erróneos. El versículo 1 nos dice: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos”. Luego, los versículos 2-4 nos describen los frutos de este evangelio falso del cristianismo carnal. ¿Cómo lo sabemos? Porque en el versículo 5 aparecen estas palabras sorprendentes acerca de las personas que los versículos anteriores describen como teniendo una “*apariencia de piedad*”, pero que *niegan su eficacia*. Y nos amonesta que los evitemos.

Sí, parece raro que se utilice una palabra como piedad en relación con la clase de persona descrita en estos versículos, hasta que nos damos cuenta que el Espíritu Santo se está refiriendo a los que tienen sus nombres en la lista de miembros de alguna iglesia. ¡Tienen una “apariencia de piedad” pero son paganos disfrazados de cristianos! Por lo mismo, vemos que *su comportamiento es incorrecto*.

“Blasfemos”

La Biblia dice que son blasfemos, es decir, su manera de hablar es abusiva y sucia. ¿No describe acertadamente esto la manera de hablar en nuestra época? ¿No abundan las palabras

groseras entre los que afirman ser salvos? ¡Sí, oímos por todas partes mentiras, blasfemias y malas palabras dichas por supuestos cristianos! ¿Revela esto la verdadera condición de muchos corazones? ¡Sí, porque “de la abundancia del corazón habla la boca”! (Mateo 12:34). Cuando nos salva, el Espíritu purifica nuestro corazón, librándonos de ser blasfemos.

“Desobedientes a los padres”

Luego se describen como desobedientes a los padres. Nunca hemos vivido en una época cuando haya abundado tanto este pecado. Efectivamente, es evidente por todo el mundo. Los niños y jóvenes no hacen caso al quinto mandamiento que dice: “Honra a tu padre y a tu madre”, ni escuchan el consejo que Pablo nos da en Efesios 6:1-3: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra”. No obstante, cuando los niños y jóvenes rebeldes contra sus padres manifiestan haber aceptado a Cristo, les dicen que son *salvos*, por el mero de haberlo manifestado.

Quiero decirte algo aquí mismo: que ningún niño o joven así es salvo, sino que está perdido; porque cuando Dios salva a un alma, *rompe el poder del pecado y el espíritu de rebeldía* en su corazón y en su vida. Y Dios no salva a los niños en una forma distinta que a los adultos y ancianos: siempre lo hace por medio de su Espíritu Santo. Éste los tiene que despertar para que vean su condición perdida, porque Cristo vino a salvar lo que se había perdido. Por eso tengo que advertirte y decirte la verdad con amor: Cada niño y joven que Dios ha salvado, ha recibido el espíritu de obediencia.

“Ingratos”

Luego vemos en nuestro texto que estos convertidos al cristianismo carnal son “*ingratos*”. Este siglo se caracteriza por la ingratitud, y ésta se manifiesta aun entre los que profesan ser salvos. La mayoría de los que profesan ser cristianos en la actualidad no reconocen ni la bondad de Dios ni del prójimo, y no valoran nada. Mientras todo les vaya bien no les importa Dios; en

cambio, le echan la culpa cuando algo les sale mal. Este es un pecado que caracteriza nuestros días. ¿Por qué existe esto entre los supuestos cristianos? Porque han negado la eficacia del poder de Dios en la salvación para romper el poder del pecado. Han predicado y escuchado un evangelio que los deja pecar, pero no han escuchado el evangelio de gracia de Cristo que enseña la liberación de la esclavitud del pecado y de la muerte.

Ser agradecidos es un fruto del Espíritu y debe ser una práctica del pueblo de Dios cada día y cada hora. Tenemos mucho por lo cual darle gracias a Dios. ¡Nuestra vida está llena de una liberación tras otra, de una orientación providencial tras otra, lo cual debería hacer brotar oraciones de gratitud a nuestro Dios viviente! El Señor nos exhorta a dar “gracias en todo, porque *esta es la voluntad de Dios* para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:18). “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de *alabanza*, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre” (Hebreos 13:15). Así, pues, la ingratitud es un fruto de la carne que caracteriza al hombre carnal.

“Impíos”

Otro vocablo que aparece aquí para describir el fruto de los que sostienen esta doctrina falsa del cristianismo carnal es la palabra *impíos*, que significa *irreverentes*. Sin lugar a dudas, esta es una de las características más preponderantes de estos últimos días. Una irreverencia hacia la Biblia, hacia Cristo, hacia Dios y hacia todo lo sagrado. Todos estos son tema para muchos chistes, y algunos supuestos cristianos son los que más se ríen de ellos. ¿Por qué? Porque no tienen ningún concepto de lo que es el pecado, ni aman a Dios, ni a su Palabra ni a su Cristo. Todos tienen una apariencia de piedad pero han negado rotundamente la eficacia del poder de Dios en su evangelio para salvar, liberar y guardar del pecado. Por otro lado, si hay una palabra para caracterizar a un hijo de Dios, es la palabra “santo”, o sea una persona santa, que está siendo transformada a la imagen y semejanza de Cristo. Esta es la razón por la cual Dios nos salva: para hacernos santos como Cristo (Efesios 1:4; Romanos 8:29; 2 Corintios 3:17, 18).

“Traidores”

La próxima palabra usada para describir el fruto de estos cristianos carnales es *traidores*. Esta palabra, aquí significa *empecinados*, o sea, aquellos que van a lograr sus fines, sin importarles lo que han prometido o el voto que han tomado. Van a seguir *su propio* rumbo sin importarles el costo, afirmando que el fin justifica los medios. Y, ¿a dónde puede ir uno hoy para encontrar un hombre que da su palabra y la cumple? Mi querido amigo, mi querida amiga: ¿cómo has cumplido esas promesas que hiciste al contraer matrimonio? ¿Has roto tus promesas y votos matrimoniales siendo infiel a tu cónyuge? El pecado del adulterio está descontrolado en la actualidad, y esto es romper los votos matrimoniales. Así que si eres culpable de este pecado, ¡estás marcado ante Dios como un traidor!

“Calumniadores”

La próxima expresión utilizada para describir el fruto de estos cristianos carnales es *calumniadores*. Esto describe a la persona que anda criticando a los demás, perjudicándolos sin intentar averiguar si lo que están diciendo es cierto o no. O podríamos llamarla chismosa, o sea alguien que comienza rumores sobre otro para su propia satisfacción. Pero mi amigo, ¡puedes estar seguro de que si ese es tu pecado tarde o temprano saldrá a luz! Dios aborrece al chismoso, y declara que castigará a los que siembran discordia entre los hermanos (Proverbios 6:16-19; Filipenses 2:3). A pesar de esto, los que enseñan este evangelio falso del cristianismo carnal afirman que lo que peca es sólo la carne: “No te preocupes, ¿acaso no manifestaste tu decisión de aceptar a Cristo?” Dicen: “Tu salvación es segura, y todo saldrá bien. Es cierto que quizá pierdas alguna recompensa del milenio o eternal, pero eso no tiene importancia, ¿no es cierto?” Pero Dios dice de semejante evangelio y de semejante gente: “*a éstos evita*”.

“Intemperantes”

También vemos en 2 Timoteo 3:3, que estos falsos profesantes son *intemperantes*, lo cual quiere decir *sin dominio propio*. Entonces, todo les es lícito: el licor, el vino, la cerveza, el sexo o los placeres: “Si quiero hacerlo, déjame hacerlo. Soy salvo

y estoy bajo la gracia” o “Déjame desahogarme y perder los estribos, o dar rienda suelta a mi cólera, porque en realidad no importa ya que tengo libertad”. ¡Sí, la libertad para ir al infierno! Querido amigo, la libertad que Dios nos da es la libertad para *andar en santidad*; y el fruto contrario a lo que estos cristianos carnales intemperantes producen es el fruto del Espíritu llamado “templanza”. Esto es tener dominio propio, y conducirnos con mansedumbre y bondad.

“Cruels”

Además el texto describe a estas almas engañadas como *cruels*. Esto significa *salvajes*, especialmente con la lengua, causando heridas que quebrantan el corazón, destruyen las esperanzas y arruinan vidas. Pero, ¿cómo puede profesar ser salvo el que ataca a su madre o hermana o pastor encarnizadamente porque lo hayan contradicho? Si así es tu corazón y tu lengua, no eres salvo. Has sido engañado por el evangelio del cristianismo carnal y nada sabes de Cristo y su amor, porque el Espíritu Santo no ha derramado su amor en tu corazón. Necesitas nacer de nuevo, necesitas un corazón nuevo y una naturaleza nueva.

Cuando Dios te salva, rompe el poder del pecado en tu vida. Te da un corazón nuevo para amarlo a él y para amar a tus prójimos. Te da su naturaleza divina para poder adorarle en Espíritu y en verdad. Te da la mente de Cristo, para que sigas en pos de la justicia y la santidad auténticas. Te da su Espíritu para que more en ti, para que te llene y sobreabunde, y para obrar en ti la gloriosa y maravillosa salvación de Dios por la fuerza de su poder. Tendrás nuevos deseos, nuevas esperanzas, ambiciones nuevas y hasta una vida nueva. “Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). Nos dice Tito 3:3, 4: “Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias, y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador” dejamos atrás la vida anterior, y ahora andamos en vida nueva en Cristo Jesús. Ahora, por su gracia, sometemos nuestros miembros como instrumentos de justicia para Dios. ¿Por qué? Porque nos ha redimido por medio

de su amor maravilloso, de su sangre y poder. Nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, dándonos la libertad de seguir a Cristo en la libertad del evangelio de gracia. ¡Ahora tenemos un cántico nuevo y una alabanza nueva para nuestro Dios, quien nos ha sacado del fango del pecado y nos ha dado odio por el pecado y por nuestro yo, por el mundo y por Satanás, y nos ha colocado sobre la Roca, Jesucristo!

¡No te dejes engañar por el dios de este mundo creyendo que puedes ser acreedor al cielo mientras permaneces ligado a tus pecados y a tus costumbres aborrecibles! Tu única esperanza, si aceptaste este evangelio falso, es hacer frente honestamente a tu verdadera condición y, arrepentido, deponer tus armas de rebelión y volverte a Cristo con fe, rogándole que tenga misericordia de tu alma eterna, por los méritos de su obra redentora en ti.

“Traidores” e “impetuosos”

Otro de estos frutos del cristianismo carnal en 2 Timoteo 3 es *traidores*. Esto significa que el que profesa ser religioso pero no es convertido, es traicionero, no es digno de confianza y no respeta la verdad, y, por lo tanto, niega la verdad de la gracia redentora. Esta palabra describe a los que no tienen ningún sentido de lealtad hacia Cristo, ni hacia su causa, ni a su evangelio verdadero, ni a su iglesia (su pueblo verdadero). Sólo son leales a su “yo”.

La próxima expresión es la palabra *impetuosos*, que significa obstinados, temerarios; son los que siempre quieren hacer lo que se les da la gana. ¡Aquí vemos una vez más el resultado del falso evangelio de cristianismo carnal, que dice que esta clase de persona es salva! Es la que toma las riendas y hace caso omiso a lo que es justo, a los derechos de los demás o a las consecuencias de sus acciones. Lo más importante, es que se haga todo como él quiere, cueste lo que cueste. ¡Cuántas personas impetuosas hay en la cristiandad hoy, quienes nunca tienen en cuenta a Dios en sus vidas! Su voluntad nunca ha sido quebrantada, y nunca han confesado su culpa por su condición delante de Dios. Por lo tanto, nada saben de Cristo y su salvación.

¡Qué cuadro tan penoso muestra 2 Timoteo 3 al enunciar los frutos que proliferan en la actualidad, que son producidos por este evangelio falso del cristianismo carnal anunciado desde tantos púlpitos! “Con tal que hayas tomado tu decisión, con tal que hayas pasado al frente cuando se extendió la invitación en el culto, y le hayas dado la mano al pastor, o con tal que te hayas hecho miembro de la iglesia, o aun si levantaste la mano para que oraran por ti o si recitaste la oración del pecador, ahora todo está bien y puedes estar seguro del cielo, no importa la vida que lleves de aquí en adelante”. ¡Y el poder del pecado no está roto, así que puedes darle rienda suelta a la naturaleza vieja porque no puedes hacer otra cosa! Oh, sobre qué fundamento falso confían las pobres almas, ignorando que no han puesto a Cristo como la piedra angular en sus corazones, ni el poder de Dios ha obrado nunca en sus corazones.

Sus opiniones son erróneas

Pero estas diez palabras y expresiones no son todo lo que se presenta aquí para describir al cristiano carnal inconverso. Hay más, y las describiremos diciendo que *sus opiniones son erróneas*. Efectivamente, si su comportamiento es incorrecto lo son también sus opiniones.

En primer lugar, vemos que su opinión de *sí mismos* es errónea. Según 2 Timoteo 3:2, son *vanagloriosos*, o sea que se jactan de lo que hacen y de lo que son. La palabra los identifica como orgullosos que se creen mucho, que están llenos de sí mismos y que se alaban a sí mismos. Al mundo le encanta esto, y lo aplaude, pero es justamente lo contrario a un espíritu semejante a Cristo, que es humilde, contrito, altruista y considera a los demás mejores que él.

Además, tienen opiniones erróneas porque son *orgullosos*. También les cabe la palabra “altivos”, porque describe a los que desprecian a los humildes. Hemos de recordar que el Espíritu Santo no está describiendo aquí al mundo, sino a los que han adoptado el cristianismo y dicen ser salvos, pero por sus palabras y sus hechos niegan el poder del verdadero evangelio para salvarlos. ¡Qué condición espantosa! Estas pobres almas engañadas “siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al

conocimiento de la verdad” de que son pecadores perdidos, indefensos y culpables delante de Dios. Siempre están leyendo libros, tratados y folletos sobre la vida cristiana o la vida del Espíritu, y siempre están leyendo sobre cómo vencer la depresión, las preocupaciones, el enojo y cómo llevarse bien con los demás. Pero nada les sirve porque nunca han llegado a conocer la verdad de que Dios resiste a los soberbios pero da gracia a los humildes (1 Pedro 5:5). No saben que son culpables delante de Dios como pecadores indefensos que sólo merecen el infierno.

Siempre andan de aquí para allá, investigan esta o aquella verdad o grupo, prueban distintos métodos, escuchan a este predicador y al otro, y aprenden todo lo que sea una nueva profecía, pero nunca pueden llegar a comprender que todos sus problemas proceden de un corazón duro y contumaz que no ha sido quebrantado. Están edificando su casa sobre la arena, y nada saben de Cristo, la Piedra Angular, que debe morar en sus corazones. Éstos nunca han sido regenerados por el poder del Espíritu Santo, nunca han nacido de Dios de modo que pertenezcan a la familia de Dios. ¡Qué cosa terrible, amigo, que te cuentes entre los que “siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad”!

Vemos también que sus opiniones son erróneas porque se los describe como *infatuados*. Están enamorados de sí mismos, totalmente convencidos de su propia importancia. Su vida es como la del fariseo en Lucas 18, puro “Yo, yo, yo, yo, yo, yo”. Efectivamente, en sólo dos versículos el fariseo declaró de cinco distintas maneras la elevada opinión que tenía de sí mismo. Su vida entera giraba alrededor del *yo*, y no de Cristo. Tal es la vida de los que se han dejado engañar por el evangelio falso del cristianismo carnal. Viven una vida egoísta, centrada en su “yo” y no en Cristo. Todo lo que hacen o dicen tiene la intención de centrar la atención en su *ego*.

Luego, vemos que la opinión que estas almas engañadas tienen de los demás se expresa en la frase: *aborrecedores de lo bueno*. Están en contra y hasta aborrecen a los que viven una vida santa en Cristo Jesús, a los que toman en serio y desean poner en práctica las virtudes enunciadas en Filipenses 4:8: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo

justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”. Sí, es extraño, pero muy cierto, que los que quieren vivir piadosamente, padecerán persecución. ¿De quién? De los que *profesan ser religiosos*, pero nunca han sido salvos, sino que sólo tienen una apariencia de piedad. ¿Sabes por qué? Porque la vida del creyente santo condena al impío; el mero hecho de verlo se convierte en una reprensión contra su iniquidad. La pecaminosidad no aguanta tal santidad. Este odio hacia lo bueno, nace dentro de ellos, y sólo puede ser quitado por el nuevo nacimiento.

Aplicación

Pero aquellos que son nacidos de Dios son lo contrario, porque una de las características del verdadero hijo de Dios es el amor, el amor hacia los hermanos. “Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1 Juan 3:14). Y Juan agrega: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:7).

¿Te ha dado el Señor un corazón nuevo para poder amar a Dios y a tu prójimo? ¿O estás envuelto en el evangelio falso del cristianismo carnal que te deja seguir produciendo estos frutos de la carne en el nombre de la religión? Ciertamente, el Espíritu Santo te ha dado en 2 Timoteo 3, un espejo en el cual mirarte, y mi oración para ti, si te has dejado engañar por este evangelio falso, es que al mirarte, te veas tal cual eres, y que, por la gracia de Dios escuches su Palabra cuando te dice “*a éstos evita*”, y que, arrepentido, te *vuelvas a Dios*.

Si reconoces que has sido engañado, pídele a Dios que ilumine tu entendimiento para poder verte a ti mismo como un pecador culpable delante de él. Luego, al ser iluminado tu corazón con la luz del glorioso evangelio de Cristo, te sentirás humillado delante de Dios al verte como Dios siempre te ha visto. Entonces dejarás tus jactancias, y comenzarás a clamar a Dios que te vista en la justicia de Cristo. También, mientras el Espíritu Santo obra en ti para, en su *iluminación*, mostrarte tu corazón, y para que te *humilles* delante de él, te hará que te *detestes* a ti mismo y al

pecado. No sólo te dará odio hacia el pecado, sino que también te dará el anhelo de ser liberado de su poder y tiranía. Y luego, ¡alabado sea su nombre! Mediante su poder efectuará una *transformación*, cuando te acerques de corazón y aceptes con fe al bendito Señor Jesucristo en toda su obra de redención. Sí, por medio del poder de la sangre de Cristo tu vida será transformada, y lo mostrarás con un arrepentimiento auténtico.

Arrepentimiento es dejar atrás
Los pecados que antes amamos,
Y mostrar que de veras nos arrepentimos
Al no cometerlos más.

¡Que el Espíritu Santo obre en ti la maravillosa salvación por medio de su poder incomparable, y te dé nuevos anhelos, nuevas esperanzas, nuevas ambiciones y una vida nueva! (2 Corintios 5:17).

7

El evangelio falso: No hay un cambio en los afectos

Introducción

Vivimos en días realmente oscuros y peligrosos, cuando se oyen voces por todas partes, diciendo: “Sígueme, porque tengo la verdad”. Pero debemos obedecer el pasaje que nos advierte: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). Por esto, basado en este pasaje de advertencia y otros, he estado advirtiendo sobre el evangelio falso del cristianismo carnal, que se ha popularizado en el mundo y especialmente en nuestra nación en la actualidad. ¿Por qué? Porque lo que atrae a la carne es un “evangelio” falso, una doctrina falsa que tiene una falsa apariencia de piedad, pero niega el poder para librar al pecador de la tiranía y del poder del pecado. Toma la Palabra de Dios y la tergiversa enseñando que lo único que el hombre tiene que hacer para ser salvo, ir al cielo y librarse del castigo del infierno es manifestar su decisión de aceptar a Cristo --o sea hacer una afirmación mental de algunos pasajes de las Escrituras-- y que, mientras el hombre la mujer, el joven o el niño haya “creído”, puede vivir como quiere, aun esto sea vivir en una rebeldía declarada de Dios.

Así es que, con la Palabra de Dios, hemos estado librando una batalla contra este evangelio falso del cristianismo carnal, mostrando los frutos de la mayor parte de la cristiandad en la actualidad y describiendo a los profesantes o conversos de este “evangelio” falso, cuya conducta desdice la autenticidad de su profesión de fe. Ahora, parafraseemos 2 Timoteo 3 de la Biblia Amplificada: “Entiendan esto, que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos de aflicciones y problemas –tiempos difíciles

de soportar. Las gentes serán amantes de sí mismas y [completamente] egoístas, amantes del dinero e impulsadas por un deseo desenfrenado (avaro) por las riquezas, orgullosas, arrogantes y jactanciosas. Serán abusivas (blasfemas, burlonas), desobedientes a los padres, ingratas, impías y profanas. No tendrán afecto (humano) natural (insensibles e inhumanos), implacables –no admitirán ni tregua ni compromiso. [Serán] chismosas –calumniadoras, alborotadoras, intemperantes y relajadas en su moralidad y conducta, impetuosas, crueles, aborrecedoras de lo bueno. [Serán] traicioneras, temerarias [y] estarán llenas de orgullo. [Serán] amantes de los placeres sensuales y vanas diversiones más que de... ser amantes de Dios. Porque [aunque] tienen una forma de piedad (religión genuina), niegan, rechazan y son ajenos al poder de ella –su conducta desdeña la autenticidad de su fe. Evita a [todas] estas personas –apártate de ellas. Porque entre ellas están los que se meten a las casas y llevan cautivas a las mujercillas, débiles espiritualmente y por naturaleza, que están cargadas de pecado, y se dejan llevar [fácilmente] por diversas concupiscencias, e impulsos seductivos. [Estas mujercillas escucharán a cualquiera que les enseñe], siempre están buscando y consiguiendo información, pero nunca pueden llegar a reconocer ni a conocer la verdad” (vv. 1-7).

¡Oh, qué cuadro nos ha presentado aquí el Espíritu Santo de los frutos de este evangelio falso del cristianismo carnal! ¡Quiera Dios que siempre tengamos los ojos abiertos para ver la profundidad de este engaño! Ya hemos mostrado cómo el *comportamiento* de estos falsos conversos es incorrecto, descrito con las palabras y expresiones: “blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, traidores, impetuosos”. Luego hemos visto cómo sus *opiniones* –tanto de sí mismos como de los demás—son erróneas, descritas con las palabras y expresiones: “soberbios, vanagloriosos, infatuados y aborrecedores de lo bueno”.

Sus afectos son erróneos

Por consiguiente sabremos que sus *afectos son erróneos* según los describen estas palabras: “sin afecto natural, amadores de sí mismos, avaros y amadores de los deleites más que de

Dios”. Recuerda que el apóstol está hablando de los que profesan ser salvos. No se está refiriendo a los paganos que nunca han hecho una profesión de fe, sino a aquellos que han sido engañados por el evangelio falso del cristianismo carnal, quienes tienen una apariencia de piedad

La primera de estas cuatro expresiones es: *sin afecto natural*. ¡Qué expresión! ¡Qué descripción de nuestra “sociedad cristiana” en la actualidad! Sin afecto natural significa que son personas insensibles, que no tienen respeto, ni amor, ni obediencia los unos con los otros ni con el Señor: esposos y esposas, padres e hijos, hermanos y hermanas, todos viviendo relaciones tensas, sin comunicación, sin importarles ni queriendo al otro. ¿Cómo ha sucedido esto? El pecado es la raíz de todos los problemas que tenemos en estos tiempos. ¿Cuál pecado? ¡El pecado de la desobediencia!. El orden de Dios ha sido destruido en el hogar, la Palabra de Dios ha sido destruida en el hogar, y la adoración a Dios ha sido destruida en el hogar. Por lo tanto, se ha perdido todo afecto natural, y los hombres han pasado a ser amadores de sí mismos.

Esposos y esposas

La Palabra de Dios declara que su orden para el hogar es: Cristo, Cabeza del hombre; el esposo, cabeza de la esposa; y luego los padres, cabeza de los niños (1 Corintios 11:3; Efesios 6). Cuando se altera este orden, se destruye el orden del hogar. Y el fruto es que el hogar queda “sin afecto natural”. Tenemos que admitirlo. ¡Nuestros problemas hoy proceden del gobierno en nuestros hogares, y no del gobierno de nuestra nación! Hay caos y confusión porque los hombres no han tomado su lugar en el hogar como hombres obedientes a Jesucristo, su Cabeza. No saben nada de lo que es ser cabeza de su esposa y de sus hijos, ni cómo gobernarlos con amor y con su ejemplo. Muchos profesan ser salvos, ¡pero todavía no se han sometido al señorío de Cristo como su Cabeza! Por lo tanto, siguen el camino más fácil

Además, muchas familias actuales se encuentran en un estado de confusión porque las gobiernan esposas que nunca se han sometido al señorío de sus esposos. “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor” (Efesios 5:22). “Asimismo

vosotras, mujeres, *estad sujetas* a vuestros maridos... como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor” (1 Pedro 3:1, 6). La liberación femenina no es bíblica, ¡es parte de este evangelio falso del cristianismo carnal que les permite a las mujeres predicar y ejercer autoridad sobre el hombre! Por supuesto que la Biblia no está en contra de la mujer, sino que ha manifestado con amor y gracia, el orden para la mujer en el hogar. Y, a medida que ella se someta a la autoridad de la Palabra de Dios con obediencia, habrá paz, armonía, amor y afecto.

Hijos

Y vemos que los niños de hoy también están en rebelión contra la Palabra de Dios. Se han levantado para tomar control del hogar, de las escuelas, y de las universidades. No tienen un afecto natural por sus padres, ni por la Palabra de Dios que dice: “Hijos, *obedeced* en el Señor *a vuestros padres*, porque esto es justo” (Efesios 6:1). Sí, esto es justo porque es la voluntad de Dios, la orden de Dios. ¡Cuán triste es la situación actual cuando tantos niños en el hogar y en la iglesia viven sin tener ningún concepto del pecado, ningún sentido de lo que significa ser responsables. Como resultado, viven y andan como les place, y hasta hay quienes les dicen que son salvos porque han hecho una profesión de fe. Mantengo que ningún niño o joven ha sido salvo ni será salvo, a menos que haya aprendido a ser obediente a sus padres. En la salvación, Dios quebranta nuestra voluntad, quebranta nuestro corazón, y nos hace odiar la rebelión y amar la obediencia. Sí, estoy convencido de que la Palabra de Dios muestra claramente que la obediencia es una de las características más auténticas de la salvación.

Aplicación

¿Qué esperanza tenemos en medio de toda esta confusión que la predicación y la práctica del evangelio falso del cristianismo carnal nos ha enseñado? Presta atención y te lo diré: Mi querido padre de familia, arrodíllate delante de Dios y confiesa que te has rebelado contra su voluntad y contra su Cristo. Confiesa que has sido negligente con tu familia, y que has descuidado la Palabra de Dios y la adoración a él en tu hogar. Invoca el nombre de nuestro

Dios viviente en el nombre de Cristo, implorándole misericordia. Confíesale al Señor que mereces el infierno, pero que le pides ser objeto de su misericordia en Cristo. Clama a él pidiéndole fe para poder confiar en él sincera y auténticamente. Luego, comienza un culto familiar. Lee las Escrituras con tu familia, y ora con ella y por ella. Toma tu lugar en el hogar como la cabeza de tu familia, y confía en que Cristo, por medio de su Espíritu, obrará en ti y en tu familia todo lo que necesitan para ser salvos y para su peregrinación aquí en la tierra. ¡No te dediques a otra cosa!

Y para ti, querida madre y esposa, arrodíllate con tu marido, confiesa a Dios que has vivido en rebelión contra él y su Palabra y en contra de su autoridad y tu lugar en el hogar. Implórale que te dé su gracia para poder cumplir tus responsabilidades en el hogar como esposa obediente, reconociendo a tu marido como tu cabeza y someténdote a él como te sometes al Señor. Pídele a Dios que te dé, por medio de su Espíritu Santo, un corazón quebrantado y un espíritu contrito para poder cumplir tus deberes en el hogar. Acude a Cristo para recibir arrepentimiento y fe, confía en él con todo tu corazón, y espera en él, sabiendo que él resolverá cada problema en tu vida y en tu hogar.

Por último, te digo querido niño o joven: el único lugar donde se encuentra la verdadera felicidad es a los pies de Cristo en obediencia a él, y en el sometimiento a su autoridad sobre ti, la cual en este caso, es la autoridad de tus padres: de tu padre y tu madre.

A nuestro bendito Señor le encanta escuchar a las almas preciosas que claman a él pidiendo misericordia y poder para renunciar, arrepentidas, a las armas de rebelión contra él. Recuerda, hay regocijo entre los ángeles cuando un pobre pecador acude a Dios con un corazón arrepentido (Lucas 15:10). Es Cristo mismo el que se regocija porque ve la pena de su alma que ciertamente lo satisface. Compréndelo: él quiere salvarte, quiere extenderte su gracia como la extiende a todos los pecadores arrepentidos. Se deleita en darles un corazón nuevo y una vida nueva, porque justamente por esta razón descendió a la tierra, sufrió, derramó su sangre, murió y resucitó. Todo lo hizo para que pobres pecadores como tú y yo podamos reconciliarnos con el santo y trino Dios. Pero, sólo te aceptará si te acercas a él siendo

un pecador arrepentido. Y él mismo será el que te dé este arrepentimiento (Hechos 5:31).

Quiero decirte, basado en su Palabra y en mi propia experiencia personal, que el Señor Jesucristo quiere hacerte objeto de su gracia. Él recibe, tal como es, al pecador arrepentido que cree él, y lo transforma a él y a su hogar. Y, mis queridos padres, madres y jóvenes, cuando él les dé una vida nueva y un hogar nuevo, ya no estarán sin afecto natural, sino que el amor brotará de sus corazones. Entonces comenzarán a vivir en paz, amor y gozo, disfrutando de las bendiciones de su Dios eterno quien los amó y se dio a sí mismo por ustedes en Cristo.

8

“Amadores de sí mismos”

Los *afectos* del profesante carnal del cristianismo son erróneos. La Biblia enseña que son “amadores de sí mismos, avaros... amadores de los deleites más que de Dios” (2 Timoteo 3:2, 4).

Ahora bien, donde está el corazón del hombre, allí también estarán sus afectos (Mateo 6:21). Y cuando el corazón del hombre no ha sido liberado del amor al “yo”, su vida está llena de todos los demás pecados que hemos descrito anteriormente. Dios aborrece la avaricia, y nos libra de ella cuando nos da una vida nueva en Cristo Jesús. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Una vida de negarse a sí mismo

La Palabra de Dios nos llama a una vida de *renunciamiento*, en la cual debemos poner “la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2). Por lo tanto, debido a que nuestro Señor se oponía tanto a la avaricia, vemos en los Evangelios que advirtió muchas veces a sus seguidores que no fueran *amadores de sí mismos*. Tenemos que *renunciar* a nuestro propio camino y al amor del “yo”. Ahora, al considerar estos pasajes, te dejo decidir si el hombre cuya vida está controlada por este pecado puede acaso ser un hijo de Dios. ¿O es más bien un alma engañada, engañada por este evangelio falso del cristianismo carnal?

En Lucas 14:26, oímos a nuestro Señor pronunciar estas palabras alarmantes: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo”. Sí, eso es alarmante, pero son las palabras del Hijo eterno de Dios, y él no puede mentir. En otras palabras, está diciendo: “Comparando su amor por mí,

seguirme en este presente mundo malo, entonces es como si un hombre odiara a su padre, madre, esposa, hijos, hermanos y hermanas, y sí, también a su propia vida” Pero, amigo, esta no es la única ocasión en que nuestro Señor habla de este modo. En Mateo 16:24, 25, dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”. ¡O sea que si procuro salvar mi vida negándome a hacer del renunciamiento una práctica de mi fe cristiana, lo voy a perder todo! En realidad no he salvado nada, sino que perdí todo. Pero si pierdo mi vida por causa de Cristo, y dejo de amarme a mí mismo más que a Dios, entonces conservaré mi vida para vida eterna. Vemos nuevamente en Juan 12:25: “*El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará*”. Bueno, sigue dándote todos los gustos, nunca renuncies a nada --haciendo lo que a *ti* te parece lo mejor para satisfacer los deseos de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de tu vida-- y perderás esa vida que procuraste salvar y que amaste. En cambio, “el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna *la guardará*”.

Lo que nuestro Señor está diciendo aquí en estos pasajes y en muchos otros, es que no hay lugar en su reino para los “amadores de sí mismos”, porque su reino se compone de los que lo aman a *él* sobre todas las cosas, y se niegan a sí mismos. Lo repito: el que ama su vida más que a Cristo, la perderá; mas el que aborrece su vida en este mundo, prefiriendo el favor de Dios y mostrando más interés en Cristo que en su propia vida la guardará para vida eterna.

El error de amarse a sí mismo

Además, vemos en estos pasajes la consecuencia final de un amor excesivo hacia la vida de uno, y de un amor excesivo por el “yo”. Es que demasiados se enamoran de sí mismos, y pierden su vida por causa de ese amor. El que ama su vida humana o sus pasiones tanto que satisface sus apetitos y los deseos de la carne, acortará sus días y perderá la vida que tanto estima. No heredará esa vida infinitamente mejor, que es la vida eterna con Cristo en gloria después de su muerte. El que está tan enamorado de la vida

de este cuerpo y sus adornos y deleites hasta el punto de negar a Cristo la perderá; o sea que perderá la verdadera felicidad en el mundo venidero, mientras procura asegurarse una felicidad ilusa en este mundo

Esto es lo que es tan fatal en este error de este evangelio falso del cristianismo carnal que ha producido este fruto de “amadores de sí mismos” o sea el egoísmo. Sostiene que vivimos en una era iluminada y que, por lo mismo, debemos amarnos a nosotros mismos, amar el dinero y los placeres porque, ¿acaso no vino Cristo para darnos una vida abundante, acaso no somos hijos del Rey y, por ser sus hijos, nos corresponde tener lo mejor de la vida? Sí, el Señor sí dijo que vino para dar vida y ésta más abundante (Juan 10:10). Pero recuerda que vino para dar vida espiritual a su pueblo, la cual es una *vida más abundante*, no una *vida de abundancia* de cosas materiales que sólo producen más amor al “yo” y más amor al dinero y a los placeres al punto de condenar nuestra alma. Si tu alma tiene una inclinación hacia estas cosas, mi querido amigo, ¡tus afectos son erróneos debido al *pecado!*

¡Dame tu atención! porque conozco los argumentos del profesante carnal que quiere seguir en sus pecados y vivir en los dos reinos al mismo tiempo. Son: “¿Acaso no nos dice Dios que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Y cómo puede uno amar a otro si no sabe amarse a sí mismo?” O dice: “Es sabido que a menos que uno aprenda a amarse correctamente a sí mismo, nunca aprenderá a amar a su prójimo”. No te dejes engañar por este razonamiento carnal, aunque te parezca razonable; porque las Escrituras no enseñan eso. La razón por la cual muchos se valen de este razonamiento carnal y tergiversan las palabras de nuestro bendito Señor en Mateo 22:34-40, pretendiendo que enseñan algo que no enseñó, no es para poder amar más a sus prójimos, sino para poder dedicarse más a los placeres y deleites de este mundo. Si examinas bien la cuestión con un corazón sincero, verás que éste es el motivo. De este modo, pueden entregarse a sus apetitos carnales: ¡sus deseos de abrazar a otro hombre que no es su marido, o a otra mujer que no es su esposa, o abandonar sus obligaciones de familia, hijos y hogar, y vivir en un mundo donde *ellos* son el rey o la reina! Y se

justifican diciendo: “Tengo que encontrarme a mí mismo, tengo que encontrar mis raíces. Tengo que tener auto estima y tengo que...” Efectivamente, creen que tienen que tener todo esto, y ¡también se llevarán todo eso al infierno! Pero lo triste de todo esto, ¡es que todavía se creen que son salvos! Todavía tienen apariencia de piedad, ¡pero sólo viven para sí mismos!

El ejemplo de Pablo

Quiero ahora darte un ejemplo bíblico de un alma que perdió su vida por Cristo, pero que en realidad la salvó. Es el ejemplo de la vida de Saulo de Tarso quien se convirtió en Pablo, el cristiano, el hijo de Dios, el misionero. Dijo: “Tenía mucho amor por mí mismo y auto estima, y confianza en la carne, pero las cosas que consideraba una ganancia para mí [este amor del “yo”, mi auto estima y confianza en la carne], eso los conté como *pérdida* por Cristo, Si, ciertamente, puedo contar todas las cosas como pérdidas para lograr la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor: por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas [el amor por mí mismo, mi auto estima y mi confianza en la carne], por cuyo amor lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que procede de Dios por la fe” (paráfrasis de Filipenses 3:4-9).

También en Romanos 7:9, el apóstol dijo: “Yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”... a mi egoísmo, mi auto estima y a mi confianza en la carne. Me estimé como nada más que un pecador que merecía el infierno, encontrándome bajo la ira justa de Dios. Y, mi amigo, el apóstol mantuvo esta actitud hacia sí mismo hasta su muerte. Porque aun después de su conversión se refería a sí mismo de esta manera: “Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles” (1 Corintios 15:9), “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia” (Efesios 3:8). Además, se denominó el *primero* entre los pecadores (1 Timoteo 1:15), y admitió “*nada soy*” (2 Corintios 12:11). Aquí no vemos ningún egoísmo ni confianza en la carne, vemos a alguien que había aprendido muy bien la lección de la primera bienaventuranza: “Bienaventurados los *pobres* en espíritu, porque de ellos es el

reino de los cielos” –nada soy, no sé nada, de mí mismo no puedo hacer nada; así fue como el apóstol se fue viendo a sí mismo a medida que creía en la gracia de Dios. Vemos la verdad de Juan 12:25 ilustrada en Pablo que antes fuera Saulo de Tarso: “El que ama su vida la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará”.

Aplicación

¿Te amas a *ti mismo* más que a Dios? ¿Está por las nubes tu auto estima, tu amor al “yo”, tu seguridad en ti mismo? Si es así, el ego es tu ídolo, y ningún ídolatra puede entrar en el reino de los cielos (1 Corintios 6:9). Debemos huir de la idolatría (1 Corintios 10:14). Además, los verdaderos hijos de Dios “en espíritu sirven a Dios y se glorían en Cristo Jesús, *no teniendo confianza en la carne*” (Filipenses 3:3). Los “amadores de sí mismos más que de Dios”, son el fruto de este evangelio del cristianismo carnal. Cristo dice: “El que no se niega a sí mismo y me sigue, no puede ser mi discípulo”. El verdadero evangelio de la gracia de Dios dice: “Bienaventurados los pobres en espíritu”. Y el hombre que es pobre en espíritu sabe que no es nada, que no tiene nada, que no sabe nada, que no puede hacer nada sin la gracia de Dios. Por lo tanto, no ama su propia vida, en cambio, la aborrece en este mundo para poder guardarla, por medio de la gracia de Dios para toda la eternidad.

9

“Amadores del dinero” – avaricia

Introducción

Consideremos otro de los frutos de este evangelio falso del cristianismo carnal. Siguiendo la misma línea de pensamiento de que sus *afectos* son erróneos, enfocaremos la palabra “*avaros*”, o sea amadores del dinero. Es éste un fruto carnal sobre el cual la Palabra de Dios nos da muchas advertencias por medio de mandamientos y ejemplos. Fíjate en 6:9, 10: “Porque los que quieren enriquecerse caen en mucha tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque *raíz de todos los males es el amor al dinero*, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”.

A pesar de estas palabras de advertencia de que el hombre que ama el dinero (cuyo corazón está carcomido por la avaricia) se ha apartado de la fe, el evangelio falso del cristianismo carnal le dice a sus convertidos que este *amor al dinero* y lo que éste puede comprar es natural. Afirman que todavía son bebés, o sea cristianos carnales, y que todo terminará bien porque han hecho una profesión de fe. Se creen salvos y aun salvos para siempre. A pesar de la advertencia de nuestro Señor en Lucas 12:15: “Mirad y *guardaos de toda avaricia*; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”; a pesar de Efesios 5:5 que dice que el hombre avaro es un idólatra que quebranta el segundo y el décimo mandamiento; a pesar de 1 Corintios 6:10 que dice que el avaro no heredará el reino de Dios; y a pesar de todas estas advertencias contra la avaricia y el amor al dinero, este evangelio falso sigue enseñando a sus seguidores que ellos son hijos del Rey, y que los hijos del Rey deben tenerlo todo.

Los efectos de la condenación

Consideremos más a fondo *el efecto de la condenación* del fruto de esta doctrina falsa del cristianismo carnal. La palabra griega para avaricia (o codicia) es muy descriptiva: significa desear más, ¡siempre querer tener *más y todavía más!* Es como el sediento que, queriendo saciar su sed, bebe agua salada porque es la única que hay. Ésta le da más sed, por lo que sigue tomando más y más hasta que la sed termina por causarle la muerte. Es un deseo desenfrenado de obtener más y más y más, hasta que la avaricia le causa la muerte al alma del hombre porque se encuentra bajo la condenación eterna de Dios. Es como dice Proverbios 27:20: “El Seol y el Abadón [el infierno y la destrucción] nunca se sacian; así los ojos del hombre nunca están satisfechos”. ¡Qué pecado! ¡Oh, mi amigo, es un *pecado muy arraigado* en el alma: *nunca* está satisfecha! ¡La avaricia la condena al infierno!

Además vemos que este fruto --la codicia o avaricia, el amor al dinero—es *engañoso*. El Señor nos advierte por medio de una parábola en Lucas 12:16-21 sobre un hombre rico carcomido por este pecado. “La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos? Y dijo: esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: *Necio*, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has previsto, ¿de quién será? Así es el que hace *para sí tesoro*, y no es rico para con Dios”.

¡Esto lo explica todo! La avaricia hace que el hombre amontone sobre la tierra tesoros que no necesita, en lugar de hacerse tesoros en los cielos para con Dios. La avaricia *engaña al hombre respecto a sus valores*. Éste da importancia a las *cosas materiales* y se pierde la bendición de vivir para Cristo y para los demás. Cuando el que profesa ser cristiano tiene este pecado, es una plaga para el cristianismo. Ciertamente uno está engañado cuando vive en este pecado fatal de la avaricia, que se esconde bajo el evangelio falso del cristianismo carnal, diciendo: “Mi alma está asegurada porque he hecho una profesión de fe”.

Además, la avaricia es un pecado que condena al infierno porque *¡impide que la Palabra de Dios penetre el alma!* Por su avaricia, el hombre sólo considera sus deseos en lugar de las necesidades de su alma, lo que enceguece los ojos de su entendimiento y cierra los oídos para no escuchar los derechos de Dios sobre él y su vida en el verdadero evangelio. A causa de que sólo piensa en sus propios intereses personales, hace oídos sordos para no escuchar los preceptos y los mandamientos de la Palabra de Dios que Dios ha dado para beneficio de la humanidad y para su propia gloria. En lugar de buscar de hecho primeramente “el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6:33), corre tras el mundo, aferrándose y amando a las cosas del mundo. Cegado por su naturaleza pecaminosa porque el poder del pecado no ha sido roto en su vida, no hace caso a las advertencias de la Palabra de Dios dadas para su beneficio y protección. Y pretendiendo ser religioso, en realidad rechaza el bien mayor (Dios) y escoge el mal mayor (el pecado), para su propia perdición. Mientras sigue ciegamente sus propios deseos depravados, dice en su alma: “Soy salvo, pero tengo que hacer *mi* voluntad: Quiero tener a esa mujer o a ese hombre aunque tenga que quebrantar su matrimonio para que sea mío. Quiero mis placeres, mis bebidas, mi dinero, mi hogar, mi trabajo, mis deleites en esta vida, y, a mi propia manera, sean cual sean las consecuencias. Ésta es la esencia del mal y del corazón de cada hombre o mujer fuera de Cristo, aunque les digan que son cristianos carnales e irán al cielo debido a su profesión de fe.

La avaricia *ciega al alma haciéndole creer una mentira*, haciéndole pensar que está cumpliendo la voluntad de Dios y que tiene el derecho de hacer lo que le place. Así que, viviendo en este engaño, ¡le dice al Señor que no lo estorbe en su camino! Pero mi amigo, si Dios nunca te toca el alma con su misericordia, y te mueres en esta condición, estás condenado. ¡A pesar de lo que profesas ser, el infierno te recibirá a tu llegada! ¿Sabías esto? ¡Ojalá que Dios abra los ojos de cada uno que ha sido engañado, para que pueda ver y clamar a Dios a fin de romper el poder de la avaricia en su corazón y su vida! ¡Clama a Dios para que te rescate y te aplique su sangre preciosa por medio del poder de su

Espíritu para purificar tu alma de este pecado! Dios es el único que te puede librar de él.

El hombre rico en Lucas 12

Volvamos a la parábola del agricultor en Lucas 12. Pregunto: ¿En qué radicaba el mal de este agricultor? ¿En que había prosperado? ¡Claro que no! La Biblia no condena en ninguna parte la prosperidad o las riquezas como tales. Dios nunca rechazó a Abraham, Job, ni a José de Arimatea por ser ricos y prósperos. Entonces, ¿en qué radicaba el mal de este hombre rico? ¿Había adquirido sus bienes por medios ilícitos? No hay nada en esta parábola que así lo indique. Al contrario, da la impresión de que el hombre se había enriquecido por causa de las bendiciones de Dios sobre la obra de sus manos, causando que la tierra fuera tan fructífera que produjo abundantes cosechas.

El pasaje indica claramente lo que pasaba. El rico demostró que no se conocía a sí mismo. No se daba cuenta de que su cuerpo era mortal, que no le quedaba mucho tiempo de vida. Se dejó engañar por las riquezas, acerca de las cuales nuestro Señor nos advierte en Mateo 13:22: “El afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra y la hace infructuosa”.

Tampoco se daba cuenta de que los muchos bienes que le causaban alegría no podían satisfacer su alma. No tenía ningún bien para su alma, y en esto radica el pecado de la avaricia: busca los placeres y los deleites del cuerpo físico y no alimenta el alma. Leemos en Isaías 44:20 sobre el avaro: “*De ceniza se alimenta, su corazón engañado le desvía*, para que no libre su alma, ni diga, ¿no es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha?” Amigo mío, si has previsto para el cuerpo, la mente, para tu familia y para todas tus necesidades materiales, te encuentras en un gran aprieto. Vives engañado en cuanto a la condición de tu alma, porque *el alma* es lo que sigue viviendo después de la muerte, y el cuerpo vuelve a la tierra donde lo comerán los gusanos mientras espera el día de la resurrección. Serás resucitado a la vida para gozarte de la vida eterna con Cristo para siempre, o serás resucitado a la condenación eterna (Juan 5:29), para ser arrojado de la presencia de Dios y pagar por tus pecados en el infierno para siempre. “Porque, ¿qué le aprovechará al hombre, si ganare todo

el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mateo 16:26). Ni tu pequeña profesión de fe ni tu evangelio cristiano carnal te van a ayudar en ese momento, porque Santiago 1:26 nos dice: “Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana”.

Vemos entonces, que la avaricia es en realidad, la *adoración al “yo”*, la cual es la encarnación de todo mal. Porque el ego ha sido entronado en el corazón, todo lo que hay en la vida tiene que someterse a la gratificación de todos los deseos carnales y egoístas. El egoísmo es esencialmente: “*Mi derecho* a mi propio yo y a todo lo que hago para *mi* propio placer y para *mi* gloria: Yo, mí y mío”. ¡Eso es avaricia y codicia! En esencia lo que está diciendo es: “Estoy interesando únicamente en mí mismo, así que voy a conseguir lo que quiero, sin importarme cómo lo consigo, ni a quién perjudico, y sin importarme cómo miento y cuántas vidas destruyo, ¡voy a hacer lo que me da gusto y gana!” Puedes creer que puedes encubrirlo con un manto de religión, porque así es el corazón que se rebela contra Dios, pero si ese espíritu en ti no es quebrantado, ¡te irás al infierno sin esperanza y sin Dios! Joven, puede ser que te gloríes en tu juventud, y confíes en un futuro incierto, pero quiero que sepas que Dios ¡no te ha prometido, ni te debe, el día de mañana! Te podría decir ahora mismo lo que le dijo al rico: “Necio, *esta* noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” No te puedes llevar nada, “porque nada trajimos a este mundo, y sin duda nada podremos sacar” (1 Timoteo 6:7). ¡Dos metros de tierra nos hace iguales a todos!

Enceguecido por su avaricia, el rico (a quien nuestro Señor llama “necio”) *no era rico para con Dios*, y, por lo tanto, cayó “en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas”. Y debido a su amor pecaminoso por el dinero, el codiciarlo, lo hizo extraviarse “de la fe”, y fue traspasado “de muchos dolores” (1 Timoteo 6:9, 10). Fíjate cómo utilizó su tiempo para sí mismo, el cual Dios le había concedido a fin de que se preparara para la eternidad. ¡Qué cosa terrible es que el hombre no sea rico para con Dios! Esta es la peor pobreza que puedes sufrir, porque si no te estás haciendo tesoros en el cielo, “atesoras para ti mismo ira

para el día de la ira” (Romanos 2:5). Si no estás en Cristo y no estás mandando tesoros al cielo por medio de su gracia, ¡recibirás la paga del pecado, que es la muerte eterna! (Romanos 6:23). Efectivamente, ¡tu alma es muy pobre si no sabes nada de las riquezas de la gracia de Dios tal cual se ofrece gratuitamente en el verdadero evangelio de Cristo, ni del poder de su gracia que puede vencer el pecado en el alma!

Ahogan la Palabra de Dios

¡Oh alma querida, puede ser que profeses ser salvo, y que asistas a la casa de Dios, pero no puedes escuchar la Palabra de Dios cuando se predica porque los sermones se mueren en tu corazón avariento! Es por eso que la avaricia es un pecado que condena tanto –impide que la Palabra de Dios se arraigue en el corazón. ¿Cómo? Estás presente físicamente, pero tu alma está dominada por el mundo y sus placeres, y estas pensando en cómo ganar más dinero –¡no quieres oír nada sobre una vida de renunciamiento, y, por consiguiente, tu alma no recibe ninguna bendición! Sigues adelante, preocupado y atareado, con la única expectativa del engaño de las riquezas y los placeres de esta vida. ¡No tienes tiempo para la Palabra de Dios! No tienes tiempo para meditar en la bondad y la gracia y la misericordia de Dios, quien te ha dado *tiempo* para arrepentirte. Te contentas con unas pocas lágrimas o unos pocos versículos de la Biblia; te contentas con dar unos pocos pesos y perder tu alma porque no estás dispuesto a quebrantarte delante de Dios y de negarte a ti mismo.

La parábola del sembrador dice de los oidores que son espinos (Mateo 13:22), que la semilla sembrada entre espinos se pierde por el afán de este mundo; y el engaño de las riquezas y los placeres de esta vida *ahogan la palabra*, de modo que el oidor es infructuoso. Sí, y este corazón avaro no hace más que prepararlo para el infierno. Por lo tanto, no importa qué profesa ser, sabemos que la avaricia le impide orar, creer y estudiar la Palabra de Dios, porque el avaro no puede vivir por fe. Confía en las cosas materiales y no en el Dios viviente quien nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos (1 Timoteo 6:17).

Aplicación

Si Dios te ha mostrado que ésta es la condición de tu corazón, ¿Por qué no te arrodillas, arrepentido, delante de él ahora, rogándole que tenga de ti misericordia y te libre de este pecado que cierra el corazón contra Dios, contra tu prójimo y contra el ocuparte del destino de tu alma eterna? Clama contra este evangelio falso que te ha hecho creer que tu alma está en paz con Dios porque hiciste una profesión de fe, y que podías seguir en este pecado porque estabas a salvo aunque eras “un cristiano carnal”. ¡Dios te ayude! ¡Que tenga misericordia, que baje con poder y seguridad y obre en tu alma como sólo él puede hacerlo! Que obre con poder y eficacia para darte, por su gracia, un corazón que clame a él como nunca lo ha hecho: “Señor, ¡rompe el poder del pecado en mi vida!” ¡No lo sueltes, sigue clamando a él! Clama cada día: “¡Oh, señor, no me dejes a mis propios recursos! ¡Sigue rompiendo el poder del pecado, dándome la victoria sobre él como lo prometiste en Romanos 6:14!” Así que, preséntale *cada* pecado a él y clama contra cada uno, para que lo borre por medio de su sangre y te libre con su poder, y te dé esa gracia que necesitas para poder acercarte a él con fe, encomendándole tu alma eterna. ¡Entonces encontrarás el verdadero evangelio, al Señor Jesucristo para ser tu todo en todo!

10

“Amadores de los deleites”

Otro fruto del cristianismo carnal que cabe dentro del tema *afectos erróneos* es: “*Amadores de los deleites más que de Dios*” (2 Timoteo 3:4). Es una verdadera lástima que el pobre supuesto “cristiano carnal” engañado crea que puede ser salvo, ser hijo de Dios, heredero del cielo, mientras sigue amando los placeres más que a Dios. “Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21), y si tu tesoro es este mundo y sus placeres, tu corazón no está en paz con Dios, ¡y no producirá frutos con miras a la perfección! Cuando la semilla, la Palabra de Dios, se siembra entre los espinos, es ahogada por los afanes, las riquezas y los placeres de la vida, y no puede llevar fruto (Lucas 8:14).

Placeres sensuales

Ahora bien, ¿qué clase de placeres son éstos que los hombres aman tanto en lugar de amar a Dios? Son los placeres sensuales y las diversiones vanas. Esto es destacado claramente en el *Diccionario Expositivo de las Palabras del Nuevo Testamento* por Vine, la *Concordancia Exhaustiva de la Biblia* por Strong y en la Traducción Amplificada de la Biblia. Siendo así, necesitamos dar una definición de la palabra “sensual” y considerar cómo se usa en la Palabra de Dios.

La palabra *sensual* significa “carnal, intemperante, mundano, obsceno, sexual, licencioso, glotón, epicúreo, lascivo, inmoral y lascivia descontrolada”. En otras palabras, es todo lo que atrae a la naturaleza caída y satisface su corazón depravado. Es el fruto del evangelio del cristianismo carnal –de los amadores del placer sensual más que de Dios-- porque a estos que practican el amor por el placer sensual, y que aman a la carne y las cosas de la carne más que a Dios, les dicen que son salvos porque han hecho una

profesión de fe. Pero el versículo 5 otra vez nos advierte: “a éstos evita”, ¡para no caer en la misma trampa con ellos!

Si practicas y amas los placeres sensuales más de lo que amas a Dios, a pesar de lo que profeses, estás muerto, espiritualmente muerto en vida, y, por lo tanto eres enemigo de Dios y desconoces la gracia y el camino de santidad del Señor. Porque sin la santidad, “nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

Santiago 4:1-4

Una de las porciones bíblicas más en tu contra se encuentra en Santiago 4:1-4, donde te llama adúltero y enemigo del Dios vivo, el Dios Santo quien aborrece el pecado. Presta atención a la Palabra de Dios, primero a cada versículo en la versión Reina-Varela y luego en la Versión La Biblia Al Día. *Versículo 1*: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?” – “¿Por qué hay enemistades y riñas entre ustedes? ¿Será que en el fondo del alma tienen un ejército de malos deseos?” *Versículo 2*: “Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís”. – “Codician lo que no tienen y matan por conseguirlo. Sienten envidia de algo y, si no lo pueden conseguir a las buenas, pelean para obtenerlo. Sin embargo, si no tienen lo que desean es porque no se lo piden a Dios”. *Versículo 3*: “Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites”. -- “Y si lo piden, Dios no les contesta porque es una petición que tiene el propósito incorrecto de satisfacer un *ansia de placeres*”. *Versículo 4*: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye *enemigo* de Dios”.-- “Se están pareciendo ustedes a la esposa que le es infiel al esposo con el peor de sus enemigos. ¿No comprenden que el que establece amistad con los enemigos de Dios—los placeres mundanales—se convierte en *enemigo* de Dios?”

Preguntas difíciles

Ahora veremos si somos amadores de los placeres sensuales más que de Dios (adúlteros espirituales), o si somos en verdad

hijos de Dios, al contestar las siguientes preguntas: ¿Nos encanta mirar y alimentarnos de la mayoría de los programas de televisión que apelan sólo a la naturaleza sensual y carnal? ¿Nos alimentamos de revistas, periódicos y libros que apelan a nuestra naturaleza sensual y carnal? ¿Deseamos, en lo secreto, hacer estas cosas aunque no las haríamos abiertamente? ¿Ha llegado el pecado a ser tan común que nos podemos entregar a los placeres de la carne, a la lascivia de la vista y al orgullo de la vida mientras seguimos diciendo: “Mi alma está en paz” y seguimos siendo enemigos de Dios, ajenos al camino de la gracia?

¿Amamos a Dios y a su justicia y santidad, o nos rebelamos en nuestro corazón contra el *camino angosto* de la renunciación y una vida apartada del mundo? ¿Menospreciamos secretamente el camino de la gracia, el camino del arrepentimiento y el camino de la sumisión al señorío de Cristo? ¿Hacemos nuestra propia voluntad y hacemos lo que queremos sin orar y esperar que Dios nos guíe? ¿Amamos el camino sexual, profano, lascivo e intemperante del mundo; o amamos a Dios y su santidad, y deseamos agradarle con una vida apartada del mundo?

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo, Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:15-17). ¿A qué se refiere aquí cuando dice “mundo”? ¿Será el reino de la mentalidad carnal, o la mentalidad del sistema impío que es enemistad contra Dios porque no se sujeta a la ley de Dios ni puede hacerlo? Dondequiera que prevalezca esa mentalidad, se encuentra el mundo. Es “la impiedad y los deseos mundanos” de Tito 2:12. Es cuando la naturaleza humana actúa bajo la influencia de Satanás, el dios de este mundo impío. Su espíritu está en contra de la santidad porque lo domina la ambición carnal, el orgullo, el egoísmo y los deseos e intereses sensuales. Los principios que gobiernan este mundo, los poderes que lo manejan, y el resultado que procura, son todos terrenales, sensuales y satánicos; y no provienen de Dios ni de la santidad. Las opiniones del mundo son falsas; sus metas, egoístas; sus placeres,

pecaminosos; su política, corrupta; sus honores como burbujas de aire que se desvanecen. Y dado que el mundo es donde anida la rebelión contra Dios, el mundo manda a sus seguidores que no lo amen. No lo deben considerar como su herencia o tesoro. Les prohíbe poner sus *afectos* en él (Colosenses 3:2).

Cuando amamos al mundo y sus placeres, les damos prioridad en nuestra vida, y los tenemos como ídolos, y subordinamos todo lo demás al afán de conseguirlos y disfrutarlos, y despreciamos todo lo que nos impide lograrlos. Es convertir sus vanidades en el objeto de nuestras búsquedas, es compartir sus amistades, procurar sus sonrisas, contemporizar con sus costumbres y hallar nuestra felicidad en lo que nos concede en sus placeres. Cuando uno ama al mundo, éste se enseñorea del alma y la gobierna, venciendo a la conciencia, al principio de la santidad y a la Palabra de Dios. Su influencia es sutil, poderosa y peligrosa. Y lleva a la condenación y al infierno.

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo”. Puedo renunciar a los sistemas mundiales que Satanás gobierna, y *seguir amando* secretamente ciertos aspectos. No, no es suficiente renunciar al mundo, sino que también debo apartar mis *afectos* de todo lo que los quiera dominar. No debo estimar ninguna cosa del mundo si me impide cumplir mis obligaciones y mis deberes hacia Dios, o si me disminuye el apatito por su Palabra, o si me enfría el espíritu de alabanza y oración. Las cosas espirituales deben ser mi prioridad. No debo deleitarme en nada que me disminuya el amor a Cristo y las cosas celestiales, porque he de amarle sobre todas las cosas, y debo poner la mira en las cosas de arriba. Puedo *usar* muchas de las cosas que hay en el mundo, pero no debo *abusarme* de ellas. No debo confiar en ellas; ni en ellas buscar mi felicidad. En otras palabras, no debo amar a ninguna cosa más que a Dios, ni igual que a Dios, ni aparte de Dios.

Aplicación

¿Estás viviendo según la carne y produciendo el fruto del falso evangelio del cristianismo carnal, o estás viviendo conforme al Espíritu y dando el fruto del Espíritu el cual es la semejanza de Cristo? “Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu...”

Así que, hermanos, deudores somos, no de la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:5, 6, 12, 13).

11

El engaño del cristianismo carnal

Me siento muy triste por las tinieblas espirituales de nuestra época y la indiferencia por la santidad y por una vida de piedad que vemos tanto entre los que profesan ser cristianos. Al enfrentar esta triste condición espiritual, mi alma clama a nuestro Dios viviente: “¡Oh Señor, abre los cielos y ven; en tu ira recuerda la misericordia, derrama sobre nosotros tu Espíritu, porque necesitamos ya mismo tu gracia redentora!” Nunca han existido en la tierra tantos cristianos nominales como ahora. Nunca ha habido un porcentaje tan pequeño de creyentes verdaderos. Desde los días de la Reforma no se ha visto a la cristiandad tan abarrotada de los que tienen una apariencia de piedad, pero que desconocen su poder transformador. Dudo seriamente que haya habido una época cuando hayan existido tantas almas engañadas fuera y dentro de las iglesias, que creen que sus almas están en paz con Dios cuando, en realidad, son objeto de la ira de Dios.

“Apariencia de piedad”

Los versículos que hemos enfocado de 2 Timoteo 3 se aplican a la condición que hallamos hoy en la cristiandad, tal como lo expresa el versículo 5: Tienen “apariencia de piedad”, pero niegan “la eficacia de ella”. En la actualidad hay más conocimiento que nunca de la Palabra de Dios, porque por todos lados hay estudios bíblicos. Pero hay menos vida en Cristo que antes. Hay más profesiones de fe hoy que antes, pero menos santificación. Casi pareciera que todos han nacido de nuevo, pero, ¿dónde están los frutos del nuevo nacimiento? Hay más ayunos, oraciones y predicaciones que antes, pero ¿dónde está la práctica y el poder de la verdadera religión de Cristo? Como dijo Isaac a Abraham: “He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero?” (Génesis 22:7). ¿Dónde está la vida a semejanza de Cristo? ¿Dónde están

aquellos para quienes el Señor Jesucristo es un tesoro y una realidad viva?

Sí, vemos muchas obras y muchos deberes que cumplir; pero ¿dónde está la vida, el poder y la verdad? Ciertamente la voz es la de Jacob —dice la cual dice lo “que se espera de él”—pero las manos son de Esaú, porque el hombre nunca ha sido transformado en una nueva criatura en Cristo Jesús. El problema en la actualidad es que la mayor parte de la cristiandad no ha vivido la *convicción del Espíritu Santo*, y por consiguiente, desconoce su condición pecaminosa delante de Dios, y sus santos requisitos. Porque sólo el Espíritu Santo de Dios le puede dar al hombre un corazón nuevo, una naturaleza nueva y el poder para apartarse de sus ídolos y volver a Dios. Sin la convicción del Espíritu Santo no hay un nuevo nacimiento. Y si no naces de nuevo, te pierdes la conversión; y si te pierdes la conversión, te pierdes el arrepentimiento; y si te pierdes el arrepentimiento, te pierdes la fe salvadora; y si te pierdes la fe salvadora, ¡te pierdes a Cristo!

Razones del engaño

La razón por la cual este evangelio falso del cristianismo carnal se ha extendido tanto y ha sido recibido tan ampliamente, es que *no exige nada*. Da “una apariencia de piedad”, una cobertura que permite a sus seguidores entregarse a cualquiera de los pecados mencionados en 2 Timoteo 3:2-4, y seguir afirmando que son salvos y van rumbo al cielo. Y sabemos que el Espíritu Santo está describiendo aquí a estos supuestos “cristianos” y no al mundo, porque en el versículo 5 dice que “*tendrán una apariencia de piedad*”.

¿Por qué tantos en la actualidad viven engañados respecto al camino de salvación de Dios? Porque no saben que *ser regenerados es un imperativo*. “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Sí, la gente usa hoy la frase “nacer de nuevo”, pero no sabe lo que significa. Cree que es algo que uno hace, como expresar una decisión, un compromiso o dedicación. En cambio, el nuevo nacimiento es algo que Dios realiza. ¡Depende completamente del poder y de la gracia de Dios! En la regeneración, el pecador es pasivo, pero en la conversión cumple un papel activo en el acto de creer,

arrepentirse y volver a Dios dejando atrás sus pecados. Así que, la persona cree y se arrepiente en la conversión por haber nacido de nuevo por obra del Espíritu Santo de Dios. Esa es la evidencia de su regeneración. No nace de nuevo por haberse arrepentido y por haber creído, sino que cree y se arrepiente porque ha nacido de nuevo por el Espíritu de Dios. ¡Es obra de Dios y no del hombre!

¿Por qué tantos en la actualidad viven engañados respecto al camino de salvación de Dios? No saben que *tiene que haber una nueva creación*, un milagro de gracia obrado en el alma del hombre para convertirlo en una criatura nueva, para que pueda decirse de él: “las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas”. La Nueva Jerusalén es para criaturas nuevas. El cielo es un lugar preparado para un pueblo preparado, y no para los que sólo tienen una apariencia de piedad, sino para los que tienen un *nuevo corazón* y una *nueva naturaleza*, o sea, los que han sido transformados por el poder del evangelio de la gracia de Dios en Cristo.

Los hombres viven engañados porque *ignoran que Dios tiene que comunicarle al corazón un principio de santidad* antes de que pueda haber un afecto santo, acciones santas o frutos santos. Y ciertamente, sin la santidad, nadie verá al Señor (Hebreos 12:14). Por naturaleza, nadie tiene ni un ápice de santidad. Para tenerla, el poder del Espíritu de Dios tiene que obrarla en el corazón. Por esta razón, uno tiene que experimentar su obra de convicción, para convencerse de que, en sí mismo, no tiene ningún mérito ni justicia aceptable delante de Dios. Éste le muestra que lo único que puede traerle es *pecado*, ¡porque eso es la suma de lo que es! Como nos dice Isaías 1:5, 6: “Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente, desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite”.

Tan ignorante es la gran mayoría de la gente hoy respecto al camino de salvación de Dios, y tan enneguecida está por su amor al pecado, que no se toma el tiempo para escuchar la Palabra de Dios que declara que uno tiene que *negarse a sí mismo* para ser seguidor de Cristo (Mateo 16:24). Esto significa renunciar a nuestra propia sabiduría, justicia, fuerza, nuestros deseos, voluntad e intereses (Romanos 5:6; Isaías 64:6). Efectivamente,

por medio de la obra del Espíritu Santo en nosotros, tenemos que ser cortados de todo lo que es de la carne y vernos como pecadores perdidos delante de Dios. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). ¿Nunca has estado perdido, perdido espiritualmente delante de Dios, sin saber cuál es la salida de la ruina que es tu condición espiritual, de la cual, en el nombre de Cristo, Dios te tiene que salvar o de lo contrario estarás perdido para siempre? ¿Nunca te ha salvado Cristo, a *ti*, el pecador perdido? Si tu respuesta es negativa, ésta es la razón por la cual te perdiste a Cristo, y explica por qué él no es real ni de inmensurable valor para ti. Es porque nunca has visto tu condición arruinada y perdida delante de Dios. Cristo es el único que salva a los pecadores. ¡Únicamente él murió por los pecadores!

Los hombres viven engañados por este evangelio falso del cristianismo carnal porque *nunca han sabido que tienen que renunciar* al mundo antes de poder seguir a Cristo. “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15). También tiene que haber una crucifixión del mundo para nosotros, y de nosotros para el mundo. De otra manera, nunca poseeremos las bendiciones de la propiciación hecha por Cristo en la cruz (ver Gálatas 6:14).

Además, los hombres viven engañados porque no saben que para caminar con Cristo en esa unión permanente, viva y perdurable, uno tiene que arrancarse el ojo derecho y cortarse la mano derecha, o sea, que tiene que haber una mortificación de la carne con todos sus afectos y lascivias en las cuales morimos diariamente (Mateo 5:29, 30).

Los que viven engañados por este evangelio falso no saben que *tienen que tomar la cruz* si es que van a seguir a Cristo, y que este acto le costará sus amigos impíos, generará la burla de los que profesan ser religiosos y muchas lágrimas y tristezas (Lucas 14:27). No saben que la vida cristiana es una batalla muy reñida y una lucha continua (Efesios 6:12); es una carrera que hay que correr con paciencia (Hebreos 12:1). Tampoco son dados de baja en el ejército de Cristo (Eclesiastés 8:8). No saben que Dios requiere *la verdad en el ser interior*, lo cual se expresa en una

vida de renunciación. Si los que profesan ser cristianos en la actualidad supieran todas estas cosas, no estarían tan confiados en cuanto al cielo, cuando en realidad desconocen los requisitos del reino de los cielos. Prefieren abrazar un evangelio que nada les exige, y seguir por el camino ancho que lleva al infierno, engañados por el falso evangelio del cristianismo carnal.

El verdadero evangelio requiere arrepentimiento

El verdadero evangelio de la gracia de Dios requiere arrepentimiento, o sea que tienes que deponer tus armas de rebelión delante de Dios. Aquí es donde aprendes a aceptar tu responsabilidad por tus pecados y tu condición perdida. No puedes echarle la culpa a tu madre, a tu esposa, tu marido, tu hermana, tus hijos, tu ambiente, ni a tu propia incapacidad, sino que tú mismo tienes que aceptar tu culpa y declarar tu culpabilidad delante de Dios. Tienes que confesarle los detalles específicos, no generalidades: “¡Dios, oh mi Dios, robé aquellas cosas, tomé tu nombre en vano, mentí, cometí fraudes, no aguanto a mi madre, no aguanto a mi hermana, soy un adúltero, soy una adúltera, soy culpable de incredulidad y de mi naturaleza tan mala!” ¿Ves? Así se confiesan los pecados. Se expone totalmente delante de Dios todo lo que hay en el corazón y se acepta la responsabilidad por los pecados. Efectivamente, nos acercamos a Dios como lo hizo David en el Salmo 51:4: “Contra ti, contra ti solo he pecado. Y he hecho lo malo delante de tus ojos”.

Segunda Corintios 7:11 describe el arrepentimiento que *agrada a Dios* y que produce en nosotros una *tristeza que agrada a Dios*, porque es una tristeza por haber pecado contra Dios. Lo describe como un arrepentimiento que produce solicitud, defensa, indignación, temor, afecto ardiente, celo y vindicación. Esta tristeza que agrada a Dios produce estos frutos del arrepentimiento a medida que el Espíritu Santo va obrando en nosotros, mostrándonos nuestros pecados delante de Dios.

Primero, obra una *solicitud* en nosotros –solicitud por confesar cada pecado y presentarle a Dios todo lo que hay en nuestro corazón.

Segundo, obra una *defensa* de lo justo delante de Dios --esto es ser sincero con Dios, confesándole todo, sin esconderle nada,

abandonando cualquier defensa de nosotros mismos y aceptando que somos culpables de nuestros pecados.

Tercero, tenemos la palabra *indignación* –indignación contra el pecado, un odio contra él, un clamor en su contra y un huir de él.

Cuarto, vemos la palabra *temor* –el temor al pecado, el temor de pecar y el temor de añadir iniquidad sobre iniquidad.

Entonces surge un *ardiente afecto* –el deseo de no tener nada más que ver con el pecado y el anhelo de conocer a Cristo. En otras palabras, ansiamos a Cristo y la salvación más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Luego vemos el *celo* –un celo por luchar contra el pecado y huir de él.

Y por último, está la palabra *vindicación* –un cuidado por reconocer la justicia de Dios en enviarnos al infierno como castigo por nuestros pecados.

Aplicación

¿Nunca le has pedido a Dios que tomara venganza contra tus pecados? ¿Nunca le has confesado que si recibías el castigo que merecías, te irías al infierno? En otras palabras, quieres que Dios sea justo en lo que haga contigo, sea lo que fuere. Cuando llegas a este punto, confesando tu culpabilidad delante Dios, puedes estar seguro de que Dios *sí* tendrá piedad de ti por causa de Cristo, porque tuviste verdadero arrepentimiento –el que Dios requiere y provee.

Con todo esto hemos visto algunas de las razones por las cuales muchos viven engañados hoy por este evangelio falso del cristianismo carnal. Porque no conocen el camino de la gracia y de la salvación de Dios, ignoran el poder del verdadero evangelio, ignoran el poder de la sangre de Cristo y la realidad, la hermosura y la gloria de este Cristo resucitado. No hay una unión vital y viva entre sus almas y el Señor Jesucristo.

12

Los resultados fatales del cristianismo carnal

Llegamos ahora a 2 Timoteo 3:5-9 donde vemos el *resultado fatal del evangelio falso*: “Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita. Porque de éstos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias. Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Y de la manera que Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe. Mas no irán más adelante; porque su insensatez será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos”.

Maestros falsos

Consideremos primero la expresión en el versículo 6: “Porque de éstos son”. Aquí la palabra “éstos” se refiere a los predicadores, maestros, evangelistas, ganadores de almas y consejeros que han escuchado este falso evangelio del cristianismo carnal y viven bajo su poder. Tienen una apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de Dios para romper el poder del pecado sobre ellos. Son “ciegos guías de ciegos” que predicán y enseñan errores y doctrinas falsas, incluyendo herejías destructoras, y, por consiguiente, llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, y son arrastrados por diversas concupiscencias. Habiendo ellos mismos acogido este evangelio falso, lo comienzan a enseñar, a predicar, a alimentarlo a otros haciéndolos dos veces más hijos del infierno que ellos mismos (Mateo 23:15). No sólo proclaman estas doctrinas falsas y estos errores desde el púlpito, sino que tienen mucho éxito en meterse en las casas para atraer a las mujeres, llamadas aquí “mujercillas”,

(o sea, mujeres muy inmaduras espiritualmente), que siempre están aprendiendo pero nunca pueden llegar a comprender la verdad acerca de sí mismas, ni acerca del Dios santo quien aborrece el pecado.

También tenemos una descripción de éstos en 2 Pedro 2:1-3, 14, 15, 19: "...habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme... Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición. Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad... Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció".

En estos versículos vemos nuevamente que estas personas que han aceptado este evangelio falso de "meramente creer" y del cristianismo carnal, son los que ahora lo proclaman. Éstos son los que obran en oposición a la gracia de Dios, al amor de Dios y a la santidad de Dios, por llevar cautivas a estas mujercillas cargadas de pecados. Las desvían con sus muchas lascivias y sus prácticas inmorales, a una vida que lleva a la destrucción. Les enseñan un camino que no les exige nada en cuanto a sus pecados, en cambio las encamina hacia el pecado al afirmar: "Una vez salvo, siempre salvo. La sangre de Cristo lo cubre todo, vivas como vivas".

¿Libertad?

Te prometen *libertad*, pero no has renunciado al pecado, ni has dado "frutos dignos de arrepentimiento", ni has deseado una vida de santidad. Tampoco has reconocido el dominio mortal que el pecado tiene sobre ti. Ellos quieren controlarte para que sigas sus sendas perniciosas, su inmoralidad y su lascivia desenfrenada. Y tal como Satanás sedujo a la mujer Eva y luego a Adán, su

marido, seduce hoy a través de estos falsos predicadores y maestros a las mujeres, y no sólo a las mujeres, sino a todos los que siguen las sendas perniciosas de sus pastores (2 Corintios 11:3, 13-15).

Hace muchos años que observo y aconsejo a hombres y mujeres, y he observado la vida de algunos misioneros, predicadores, maestros y miembros de la iglesia. Lo que más me ha entristecido, es ver que el pecado que más prevalece entre ellos es este pecado de la lascivia desenfrenada, el adulterio, la fornicación, el amor libre, caricias y besos, y todo lo hacen supuestamente justificados por la “libertad” en Cristo. Se justifican diciendo “Estamos bajo la gracia y no bajo la ley. El pecado no es motivo de preocupación, porque mis pecados han sido agregados a la cuenta de Cristo. Todo esto se solucionó cuando *fui salvo*. Ya no tengo que confesar mis pecados, porque 1 Juan 1:9 no es para el creyente, sino el pecador. ¡El pecado me tiene sin cuidado!” Sí, te prometen a *ti* libertad mientras ellos mismos son esclavos de la corrupción.

Entre más se sumen a la iglesia hombres y mujeres, jóvenes, niños y niñas con una *profesión de fe de labios solamente* sin tener un conocimiento vital del pecado o del arrepentimiento, más cundirá este pecado de lascivia; más estos falsos profetas resistirán a la verdad y la taparan con injusticia e impiedad. ¡Con razón Pablo dice que son hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe! “Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas. Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tito 1:15, 16).

Esta es una descripción muy triste que vemos en las páginas de las Sagradas Escrituras en cuanto a los hombres y a las mujeres quienes detienen con injusticia la verdad, presentándose como cristianos mientras practican secreta o abiertamente los pecados de adulterio, fornicación e inmundicia. Y lo fatal de todo esto es que los hombres tergiversan las Escrituras para justificar sus propias prácticas pecaminosas, y para poder seguir pecando creyéndose seguros del cielo. Quiero ilustrarte esto: Escuché de

cierto señor que pastoreaba una iglesia donde al poco tiempo se supo que era un homosexual activo. Los ancianos lo obligaron a admitirlo, y luego le pidieron que dejara el pastorado. Entonces él les hizo algunas preguntas:

- Señores, ¿no creemos que si alguien tiene la experiencia del bautismo del Espíritu Santo y habla en lenguas, es salvo? Le respondieron que sí.
- Bueno, ¿acaso no me vieron recibir el bautismo del Espíritu Santo y hablar en lenguas? Nuevamente le respondieron que sí.
- Bueno, si he hablado en lenguas y tengo el bautismo del Espíritu Santo, soy salvo. Entonces, si Dios acepta mi manera de vivir, ¿por qué no la aceptan ustedes?

Todos bajaron la cabeza, ¡y él siguió en el pastorado! Estos hombres y el pastor desobedecieron las Sagradas Escrituras, porque el sodomita, el homosexual, es una abominación al Señor (Deuteronomio 23:17, 18). Dios no salva al hombre en sus pecados, sino *de* sus pecados, y le da un odio por ellos. El que todavía los ama y los practica, ¡puedes estar seguro de que vive engañado!

También conocí a un pastor que decía que Dios le había dicho que dejara a su esposa e hijos para vivir con otra mujer de su congregación, a fin de poder tener más tiempo para predicar sin el estorbo de una familia numerosa. ¡Dios no le había dicho semejante cosa! Había tergiversado las Escrituras para su propio provecho. Esto es lo que dice la Palabra de Dios: “Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Hebreos 13:4). Y en 1 Corintios 6:18 Dios nos dice: “Huid de la fornicación”. Él no le da licencia a nadie para aprovecharse de ninguna mujer cargada con la culpa del pecado por diversas concupiscencias, y decirle: “A Dios no le molesta que demos rienda suelta a nuestros sentimientos, porque ciertamente esto no es lascivia, sino amor. ¿Acaso no somos uno en el cuerpo de Cristo? Entonces, ¿por qué no podemos ser uno en nuestros sentimientos mutuos?” ¡Dios juzgará a los que se aprovechan del ministerio sagrado para usarlo como un disfraz detrás del cual se entregan a sus concupiscencias!

Aplicación

Nuevamente repito: Debemos tener cuidado con esta religión que pone el énfasis en las emociones, porque si las emociones no se dirigen a Dios y a su gloria, siempre llevarán a la satisfacción de la naturaleza carnal. Nos excitamos cuando comenzamos a abrazarnos y besarnos, diciendo: “Somos miembros de una misma familia, la familia de Dios, y por lo tanto, está bien hacer esto”. Eso sólo lleva a la sensualidad, y a entregarse al placer sensual y a la lascivia. Yo he visto los resultados de esto con mis propios ojos, y no es nada bonito. ¡Y cuánto más lo debe aborrecer Dios!. Si tuviera tiempo, podría contar más anécdotas de situaciones que he observado, porque he visto muchas, pero, con lo dicho basta.

Yo mismo tengo que clamar al Dios vivo para que me guarde y sostenga por medio de su Espíritu Santo, y para que no me deje caer en esta misma trampa, porque soy un hombre sujeto a las mismas pasiones como cualquier otro hombre. Todos los días atiendo las palabras: “Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe...” (2 Timoteo 2:22). “Sé ejemplo de los creyentes, en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12). “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8).

Este mensaje no sólo es para cada hombre que profese ser un embajador de Cristo, a fin de que cumpla bien su obra, sino que es también para mi propio corazón, para que me guarde sin mancha del mundo (Santiago 1:27), para hacer todo para la gloria de Dios. Y es también para cada mujer que busca conocer la verdad de Dios, y para ti, para que tengas cuidado en poner a prueba los espíritus, para que no te dejes llevar por cualquier doctrina. En realidad, este mensaje es para probar nuestro corazón, para ver si estamos en Cristo, y si hemos recibido su evangelio, o si hemos sido engañados por este evangelio falso, que es un evangelio diferente que lleva al infierno.

13

Error: Dos tipos de cristianos

Este evangelio falso del cristianismo carnal se basa exclusivamente en la creencia que existen *dos clases de cristianos* en el mundo de hoy: los carnales y los espirituales. Uno de los factores principales es la interpretación equivocada de las palabras de Pablo en 1 Corintios 3:1-4. Consideraremos estos versículos a la luz de Romanos 8:5-9 que declara que los que hacen del vivir en la carne una práctica, no pueden agradar a Dios (v. 8), y por lo tanto, están espiritualmente muertos.

El “cristiano carnal” en 1 Corintios 3

“De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?” (1 Corintios 3:1-4). En primer lugar queremos mirar estos versículos teniendo en cuenta el contexto de la epístola entera de 1 Corintios. Esta carta fue escrita para corregir varios errores que habían surgido en la iglesia en Corinto. Encontramos estos errores y pecados en 1:11; 5:1; 7:1; 8:1; 11:18; 12:1 y 15:12. El apóstol Pablo los encara a fondo, y les pide a sus lectores que se arrepientan y analicen: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Corintios 13:5). Después de contarles la historia de Israel en el desierto, les advierte: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

Consideremos ahora el contexto inmediato de 1 Corintios 3. En los últimos siete versículos del capítulo 2, el apóstol, inspirado por el Espíritu, nos enseña que nadie puede conocer las cosas de Dios a menos que el Espíritu Santo se las enseñe, lo cual realiza

por medio de comparar las cosas espirituales con lo espiritual de la Palabra de Dios, y por consiguiente, nos salva por la gracia de Dios y nos da la mente de Cristo. Nota que en estos versículos, Pablo los llama “hermanos”, y les dice que no puede hablarles como a cristianos maduros, sino como a niños espirituales que se alimentan de leche y no de carne. Por ser niños, deseaban la leche sincera de la Palabra (1 Pedro 2:2) por medio de la cual estaban vivos y eran espirituales para Dios. Pero al caer en este error de gloriarse en los hombres, (ya sea Pablo, Apolos o Pedro: 1:12; 23:4, 21, 22), demostraban su naturaleza carnal; y él deseaba mostrarles su error y llevarlos al arrepentimiento. Esto lo hacía para que maduraran y llegaran a ser cristianos adultos y ya no entristecieran más al Espíritu Santo quien moraba en ellos (6:19).

Aquí tenemos que recordar nuevamente la verdad de que *era imposible* que estos cristianos hicieran del pecado un práctica porque, de ser así, manifestaban que realmente no eran hijos de Dios, sino hombres perdidos que no conocían a Dios (1 Juan 3:9, 10). Aquí los reprende por cometer este error de gloriarse en los hombres. ¿Cómo lo sabemos? Lo repetimos: Por comparar las cosas espirituales con lo espiritual, tal como lo dice en los versículos 9-16 del capítulo 2.

Ejemplo

Esta es la razón por la cual los que enseñan y predicán este evangelio falso del cristianismo carnal se equivocan completamente en cuanto a la *verdad* de la Palabra de Dios: porque *no quieren comparar las cosas espirituales con lo espiritual*. Edifican una doctrina falsa basados en algunos pasajes bíblicos, e ignoran la luz mayor que se encuentra en el resto de la Biblia. Sé lo que estoy diciendo, porque lo he escuchado con mis propios oídos. Recientemente, cuando volvía a casa después de predicar, oí por radio a un predicador tomar el pasaje de 1 Corintios 3:1-4 y predicar esta doctrina falsa del cristianismo carnal en una forma que jamás había oído. En esencia, decía esto:

“¡No dejen que nadie les engañe sobre estos versículos, porque ciertamente enseñan que hay dos clases de cristianos: una, la de los espirituales, y la otra, la de los carnales que andan conforme a la carne. Es cierto que los cristianos carnales son la

plaga de la iglesia, hacen llorar a Dios porque no andan conforme al Espíritu, pero aun así son cristianos e irán al cielo cuando mueran porque han hecho una profesión de fe”.

¡Y siguió describiendo a estos cristianos carnales como individuos que no oraban, ni leían la Biblia, sino que participaban en los placeres sensuales del mundo, quienes asistían muy poco a la iglesia y casi nunca ofrendaban nada para la obra del Señor, que estaban sumergidos en el mundo y no se los podía distinguir de él! Decía que lo triste era que Dios no podía hacerlos cristianos espirituales, porque no quería interferir en su libre albedrío; que aunque no se habían entregado a Cristo como el Señor de sus vidas, ¡estaba obligado a llevárselos al cielo cuando murieran porque habían confiado en él como su Salvador!

Mientras iba en mi auto oyendo la predicación de este evangelio falso, lloré, porque este evangelio falso estaba sellando a las almas preciosas en sus pecados, prometiéndoles el cielo cuando en realidad iban rumbo al infierno. Era una blasfemia, porque esta clase de “salvación” no da gloria a Dios, sino que pretende obligar a Dios a salvar a los rebeldes mientras continúan en sus pecados y se niegan a someterse a la autoridad de Dios como el Señor de todo.

Comencé a rogar al Señor que me diera fuerza para clamar en contra de esta falsa doctrina hasta la muerte, y presentar el verdadero camino de salvación de Dios que pide una *entrega total* de todas las llaves de todos los cuartos de nuestro corazón, y que nos sometamos a Jesucristo como el Señor de nuestra vida que rompe el poder del pecado.

Carnal vs espiritual en Romanos 8

Este predicador radial ignoraba totalmente la luz más amplia que la Palabra de Dios nos presenta en otros lugares. Dice Romanos 8:5-9: “Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino

según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”.

Lo primero que podemos afirmar sobre estos versículos es que no enseñan que el apóstol esté distinguiendo entre cristianos carnales y cristianos espirituales. ¡No! Está distinguiendo entre los regenerados y los no regenerados, los impíos y los justos, los salvos y los perdidos, los hijos del diablo y los hijos de Dios.

Muchos enseñan que estos versículos indican que hay cristianos carnales, cuya manera de vivir es habitualmente “según la carne”, y cristianos espirituales, cuya manera de vivir es habitualmente “según el Espíritu”. Según Romanos 8:3, 4 tal enseñanza es un error: “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado”... ¿con qué propósito? “para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros”. ¿Y quiénes somos nosotros? Los que “no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. Es que la justicia de la ley se cumplirá en los hijos de Dios, pero esta es la razón por la cual Cristo murió y resucitó. Y vuelvo a preguntar: ¿En quiénes se cumple esta justicia? ¡Sólo en los que han nacido por el Espíritu de Dios y están en el Espíritu, viviendo según el Espíritu y no según la carne!

Lo repetimos: “Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Romanos 8:5). ¿Qué significa aquí la palabra “carne”? Significa la naturaleza humana caída, o sea la naturaleza humana como es antes de que el Espíritu Santo comience a obrar en una persona. Es el hombre solo: nacido, criado y desarrollado en la vida de este mundo sin la actividad de Dios en su vida. Es dominado por la naturaleza que tenía cuando nació. Aquí dice que este hombre carnal “piensa en las cosas de la carne”. No es que piense en ellas de vez en cuando, sino que es su costumbre hacerlo, y su mente tiende a pensar en ellas. ¿Por qué? Porque son las cosas que más le gustan. Son las cosas que más le satisfacen, y por lo tanto, son las cosas que busca con todo el corazón. Así que el que piensa en las cosas de la carne es el que no conoce a Dios ni a su Cristo; es el que tiene el entendimiento entenebrecido, y está alejado de la vida de Dios. En cambio, la tendencia y las costumbres de los hijos de Dios son procurar la justicia y la vida santa, por medio de la gracia de Dios.

Romanos 8:6 dice: “Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz”. ¿Qué nos está diciendo aquí el apóstol? Que el hombre que se ocupa de estas cosas está espiritualmente muerto. No es que sea un cristiano carnal que se va al cielo cuando muera por haber hecho una profesión de fe y haberse hecho miembro de una iglesia. ¡No! Está *muerto* en sus pecados, y va rumbo al infierno para ser objeto de la ira de Dios para siempre jamás, a menos que la *gracia soberana* eche mano de él y lo convierta en un hombre espiritual. Sí, es muy cierto que está físicamente vivo, pero espiritualmente está muerto. Está completamente inconsciente de Dios, y, por lo tanto, no lo incluye en sus pensamientos. Vive como si Dios no existiera. *¡Muerte espiritual es vivir fuera de la vida de Dios!* En consecuencia, está muerto en vida, está meramente existiendo. Por eso se ocupa de las cosas de la carne, o sea las cosas mundanas donde se ha expulsado a Dios, y es gobernado y controlado por su naturaleza caída. Está expulsado de la vida de Dios por toda la eternidad. No podemos contemplar peor destino que ese. Eso es lo que significa muerte espiritual.

Nota ahora lo que dice el versículo 6 sobre el hombre espiritual: se ocupa de las cosas espirituales, y tiene la “vida y paz” eternas. Está vivo para con Dios. “Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Y Romanos 8:7 dice: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”. Esto explica por qué los designios de la carne son muerte. Si alguien es enemigo de Dios, es decir, si vive demostrando una *rebeldía activa* contra él, resulta obvio que está fuera de la vida de Dios. Esto significa que está espiritualmente muerto.

Considero estos versículos como una *evidencia* positiva de que el apóstol no está comparando dos clases de cristianos ni haciendo un contraste entre ellos, sino que está comparando y haciendo un contraste entre el incrédulo --el hijo del maligno, incoverso y perdido-- y el cristiano --el hijo de Dios salvo y seguro en Cristo. Debes comprender que uno no puede estar enemistado con Dios y ser al mismo tiempo cristiano. No, no existe tal cosa como un cristiano “carnal”, porque todos los

cristianos son *hombres* espirituales que han nacido del Espíritu, y han recibido un corazón nuevo y la misma naturaleza de Dios. Por lo tanto, vemos por qué no podemos tener una doctrina como el cristianismo carnal basándonos en un pasaje bíblico como 1 Corintios 3:1-4. Dios ha dado una luz más amplia en Romanos 8:5-9 que nos demuestra que tal doctrina no existe.

14

El hombre espiritual en Romanos 8

Introducción

En Romanos 8:5-9, el apóstol contrasta vívidamente al hombre espiritual, el verdadero cristiano, con el hombre carnal que se ocupa de las cosas carnales (v. 5), está en un estado de muerte espiritual (v. 6) y está en enemistad (rebelión activa) contra Dios. Tal persona no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo (v. 7); y además, no puede agradar a Dios (v. 8). Por lo tanto es repugnante para Dios y está sujeto a su justa ira a menos que la gracia soberana intervenga y lo convierta en una criatura nueva en Cristo.

“El ocuparse del Espíritu es vida”

En el versículo 9, el apóstol declara algo que nadie puede contradecir ni ignorar, ni tampoco puede tergiversar su significado: “*Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él*”. ¿Por qué? Porque si un hombre ha nacido de nuevo, ha sido regenerado por el Espíritu de Dios, es un hombre espiritual. Dios ha hecho algo por él y en él. El Espíritu Santo mora en él. ¡Cambia todo el rumbo de su vida! ¡Porque ahora mora en él la misma vida de Dios!

Dios nos dice en Ezequiel 36:26, 27: “Os daré un corazón nuevo, y pondré *espíritu nuevo* dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y *pondré dentro de vosotros mi Espíritu*, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”. Efectivamente, esto es algo que Dios hace por nosotros, no algo que hacemos nosotros. Es una obra que causará que deseemos vivir según el Espíritu y procurar la piedad, la justicia y la verdadera santidad. Es una obra de *gracia* de principio a fin, y

le da la gloria a Dios. El versículo 27 es enfático: “Y haré que... *guardéis* mis preceptos y los pongáis por obra”. *Nos ocuparemos* de las cosas del Espíritu, por la gracia de Dios.

“El ocuparse del Espíritu es vida” (Romanos 8:6). Esta afirmación es la clave de toda la vida cristiana, y es la razón por la cual el verdadero cristiano ya no sigue “la corriente de este mundo” (Efesios 2:2), sino que sigue al Espíritu. Nuestro Señor dijo: “Y yo les doy vida eterna” (Juan 10:28; 17:2, 3), y “yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). Sí, esta vida es propiamente la vida de Dios que mora en los hijos de Dios. En consecuencia, por tener esta vida dentro de ellos, se pueden decir ciertas cosas acerca de ellos que no se pueden decir de los incrédulos, aunque éstos parezcan muy religiosos y hayan hecho profesión de fe, re dedicaciones o han manifestado experiencias especiales. Veamos cuáles son algunas de estas cosas en Romanos 8 que se refieren a los hijos de Dios.

Romanos 8

El versículo 1 enseña que el hombre espiritual ya no está bajo condenación porque ha pasado de muerte a vida; porque Cristo ha borrado totalmente las evidencias condenadoras de la ley que siempre lo acusaban. El Salvador las tomó y las clavó a su cruz (Colosenses 2:14), y, por consiguiente, quitó la culpa y el castigo de todos los pecados de todo su pueblo delante de un Dios santo. Luego lo purificó por medio de la fe en su sangre preciosa, y le proveyó un vestido sin mancha de justicia, con el cual se presenta delante de Dios, perfecto en su Hijo.

El versículo 2 afirma que la ley del Espíritu de vida en Cristo ha librado al hombre espiritual de la ley del pecado y la muerte, de modo que ha sido librado de las consecuencias del pecado, o sea, de la muerte eterna. Se ha convertido en un siervo de Dios, cuyo fruto produce ahora santidad, y cuyo destino es la vida eterna (Romanos 6:22).

El versículo 4 enseña que la justicia de la ley se cumple en este hombre espiritual porque está en Cristo, y ahora puede vivir según el Espíritu. Como David, se deleita en la ley de Dios (la Palabra de Dios), y la intención de su vida es agradar a Dios, cumplir sus mandatos y producir fruto de santidad.

El versículo 5 nos dice que es un hombre que se ocupa de las cosas del Espíritu. Su mente piensa en las cosas de Dios; son las cosas que más lo alegran. Por eso las busca en la Palabra de Dios, en la comunión de los santos, en la adoración pública y en su vida privada de comunión con Dios.

El versículo 6 muestra que es un hombre que posee la misma vida espiritual de Dios, que tiene paz para con Dios por causa de su unión con Cristo y de su estado actual de justificación. Ya no se encuentra en un estado de muerte espiritual odiando a Dios; sino que se deleita en Dios y pide que el Espíritu Santo obre en él “la plenitud de Dios” (Efesios 3:19) en la santificación progresiva en esta vida. Anhela que el Señor aumente su fe para poder agradecerle en todas las cosas porque sabe que los justos vivirán por la fe y no por vista (Romanos 1:17).

Los versículos 12 y 13 muestran que no es deudor a la carne para vivir según la carne; porque si vive según la carne, la vida de Dios no está en él y morirá. Pero por ser que el Espíritu de Dios vive en él, anhela vivir según el Espíritu para mortificar las obras del cuerpo (las obras de la carne) a fin de poder vivir para Dios.

Los versículos 14 al 17 enseñan que debido a que es ahora hijo de Dios, la evidencia más grande que tiene para su alma de que esto es cierto, es que reconoce que el Espíritu lo guía: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. Tal persona ha recibido el Espíritu de adopción, por lo cual clama: “Abba Padre”. Sabe que Dios es su Padre, sabe que esto es real para él, porque el Espíritu Santo testifica con su Espíritu de que esto es cierto. Por lo tanto, es heredero de Dios y coheredero con Cristo. Conoce la obra del Espíritu Santo en su interior, por la cual ha recibido las primicias de su herencia, y gime dentro de sí, esperando la adopción, la redención de su cuerpo (v. 23).

Los versículos 24 y 25 muestran que sabe por experiencia que vive con esperanza, con la esperanza y la expectativa gozosa de la venida del Señor Jesucristo, quien le dará su cuerpo nuevo y se lo llevará para estar con él eternamente en un lugar de reposo y santidad donde no habrá más pecado.

El versículo 28 declara la verdad: “Todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.

El Espíritu Santo también le enseña al creyente que Dios lo había conocido de antemano en la eternidad, y que estaba incluido en el plan de predestinación para ser conformado a la imagen del amado Hijo de Dios. Y por haberlo predestinado, Dios también lo llama por medio de su Espíritu y lo justifica en Cristo, y en el día final lo glorificará para toda la eternidad en su bendito Salvador (vv. 29, 30).

También sabe que Satanás, el mundo, la carne y aún él mismo, no pueden presentar acusaciones en su contra delante de Dios, porque el que lo justifica en Cristo es el propio trino Dios. Y por ser uno de los escogidos de Dios, no será acusado jamás en el cielo. Lo recalcamos: sabe que Cristo no lo condenará porque murió por él, resucitó por él y está a la diestra de Dios como su Representante, donde vive para siempre e intercede por él hasta que llegue a la gloria (vv. 33, 34). Y luego, para sellar el pacto del amor y de la gracia de Cristo para su alma, el hombre espiritual aprende de los versículos 35 al 39 que no existe nada que lo pueda separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús su Señor.

El hombre espiritual

Ahora bien, es debido a todo lo que el trino Dios ha obrado en su alma por medio del Espíritu Santo, y lo que le fue provisto en la sangre y la justicia de Cristo, que es un hombre espiritual --un hombre en quien mora el Espíritu Santo-- y, por lo tanto se ocupa de las cosas del Espíritu. Anhela andar en este camino de verdadera justicia y santidad. Aborrece cualquier otro camino, y desea manifestar las alabanzas de aquel que lo llamó de las tinieblas a la luz admirable de su gracia inmutable. Tal es la intención y el anhelo de su vida, y puede decir con el apóstol Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Pero el contraste en Romanos 8 es con el hombre que todavía se ocupa de las cosas de la carne y que vive según la carne y se considera a sí mismo un cristiano carnal. Nada sabe de las cosas que hacen que los hijos de Dios sean espirituales, porque sólo pueden ser discernidas por los que han sido regenerados, los que

han sido salvos por la gracia, y por la fe han iniciado una unión viva con Cristo. La pregunta es: ¿Vivimos nosotros según la carne o según el Espíritu? *No existe ningún camino intermedio de cristianismo carnal*, “porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Romanos 8:6).

Mi última palabra y oración es que Dios, por medio de su Espíritu, despierte antes de que sea demasiado tarde a cada uno que vive engañado por este error fatal del “cristianismo carnal”, que salve a cada uno de la ira venidera, que lo justifique sólo por la fe en el Señor Jesucristo, no por una fe aislada, sino por la fe que produce el fruto de las buenas obras. Porque, según Santiago 2:17: “Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”. Esto es lo que te he presentado continuamente en este libro: el evangelio del cristianismo carnal es un evangelio que lleva a realizar obras de justicia y santidad. Y las Escrituras lo dicen claramente: “Sin la santidad, nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

